

# En esto pensad

Filipenses 4:8

NÚMERO ESPECIAL

## Lecturas de edificación cristiana

- 5** La elección de un cónyuge (parte IV)
- 27** Pensamiento
- 28** Meditaciones breves (XXXIII):  
El juez injusto
- 31** Epístola a los Hebreos  
(capítulos 7 y 8)
- 44** Un matrimonio piadoso:  
Zacarías y Elisabet
- 53** Al que venciere
- 69** Jesús... los amó hasta el fin
- 72** Índice año 2016



# **En esto pensad**

Filipenses 4:8  
Lecturas de edificación cristiana

Año 21  
2016

Correspondencia:  
Capitán Cairo 546  
B 1842 CSB Monte Grande  
Buenos Aires - Argentina

[www.lecturasbiblicas.org](http://www.lecturasbiblicas.org)  
E-mail: [pensad@lecturasbiblicas.org](mailto:pensad@lecturasbiblicas.org)

Traducciones y edición: Roberto J. Arakelian  
Revisión del texto castellano: Ezequiel Marangone  
Diseño: Julieta R. Arakelian  
Todos los derechos reservados  
© Lecturas Bíblicas.org  
Impreso en la República Argentina

## NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

### Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

---

(M. E.) = *Messenger Évangélique*

---

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ”  
y las citas no bíblicas entre comillas: « »



# LA ELECCIÓN DE UN CÓNYUGE

Recopilación basada en el libro  
**AMOR, COMPROMISO NUPCIAL, MATRIMONIO**

de E.A.B.

(Viene de la página 51 del N° 95 – Edición especial de 2015)

## La elección del cónyuge según la Biblia: Un ejemplo positivo

**P**or medio de un ejemplo tomado de la Biblia, veamos a continuación cómo proceder concretamente en la elección del cónyuge. Tal vez hasta ahora todo esto te haya parecido sólo algo teórico; pero, en la Biblia hallamos nuestra ayuda. Ella nos brinda ejemplos que podemos seguir. Sin embargo, lo repito, no existe una receta milagrosa, y no queremos ni podríamos definir o establecer una norma o un modelo. Por el contrario, podemos discernir principios bíblicos y extraer enseñanzas al respecto.

Un ejemplo muy conocido se encuentra en el libro del

Génesis, capítulo 24. Por favor, antes de considerar lo que escribiré, ¡lee dicho capítulo completo! Éste comienza mencionando a Abraham, el padre de Isaac, quien buscaba una esposa para su hijo, y termina diciendo: “Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó” (24:47). Fue, pues, un matrimonio que se constituyó con toda felicidad. Por lo tanto, de este relato podemos aprender mucho.

No obstante, quizá te sientas inclinado a decir: «Muy bien, leo cómo fue ese pedido de matrimonio en Génesis 24; pero, ¿qué tengo que ver yo con esas antiguas historias? ¡No es la manera de encontrar un cónyuge en nuestros días!» Estamos de acuerdo; esa no es la manera en que se halla una esposa o un

esposo hoy en día. Ningún padre estaría dispuesto a delegar en alguien la responsabilidad de buscar en alguna parte una esposa para su hijo ¡y a una mujer a la que el joven ni siquiera conoce! Esto es muy claro para ti tanto como para mí. Lo que leemos en dicho relato no puede transponerse a nuestros días ni implementarlo punto por punto en la vida actual. El trasfondo cultural y las circunstancias de aquella época eran diferentes por completo de todo lo que vemos hoy. No obstante, en ese capítulo hallamos principios espirituales e indicaciones que podemos aplicar en el presente. Si aprovechamos de esos ejemplos, esa antigua historia será para nosotros algo vivo, práctico y muy actual.

Hay ocho puntos importantes que se relacionan con el tema que estamos tratando:

### *La confianza en Dios*

El capítulo 24 del libro del Génesis presenta a unas personas que tenían una confianza ilimitada en Dios. El primero a quien vemos manifestando tal confianza es Abraham. Él estaba

convencido de que Dios tenía a la mujer apropiada para su hijo. Y con esa confianza llamó a su siervo y lo envió a buscarla. En el versículo 7, leemos que Abraham le dijo: "Dios... enviará su ángel delante de ti, y tú traerás de allá mujer para mi hijo." Con estas palabras llenas de certidumbre le transmitió su confianza personal a su siervo. Y éste estaba tan seguro como Abraham de que Dios lo guiaría. Por eso partió a cumplir su misión con dicha seguridad. Estaba atento a la manera en que Dios conduciría todo. En el versículo 12 leemos que le pidió a Dios: "Dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro." En el versículo 21 vemos que deseaba confirmar si el Señor había prosperado su viaje. Y en el versículo 27 notamos que dijo retrospectivamente: "Guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo." Asimismo, Rebeca y su familia manifestaron mucha confianza; de otro modo no nos resulta posible pensar que la joven partiera con ese varón al que casi no conocía, para ir al encuentro de un hombre a quien jamás había visto.

La elección de un cónyuge debe tener como punto de partida la confianza en Dios. Tú puedes confiar plenamente en que Él te dará la buena esposa si eres varón o el buen marido si eres mujer. El principio es válido para ambos. Confía en el Señor. Él sabe quién será la persona adecuada con quien te unirás en matrimonio.

*Como cristianos debemos remitir todas las decisiones de nuestra vida a las manos de nuestro Dios, especialmente para la elección de quien deba ser el esposo o la esposa adecuados para toda la vida. La confianza en Dios es mucho mejor que desgastarse en consideraciones personales febriles, y mucho mejor que desarrollar una actividad basada únicamente en la galantería, quizás inoportuna.*

*Un hermano escribió: «Que tu actividad, es decir, tu manera de obrar al respecto, se ejerza con plena confianza en Dios, como si no tuvieras que hacer nada y Dios tuviera que hacer todo.»*

En un tema tan importante, confiar en Dios y esperar su guía es infinitamente mejor que ponerse a coquetear con el sexo opuesto para ver si se presenta una oportunidad. No caigas en esa forma de actuar. No obtendrás nada bueno así. Muchas aventuras amorosas comenzaron de esa manera, siguieron hasta llegar al matrimonio y luego terminaron en un triste fracaso e incluso en la ruptura del vínculo. El mejor camino es el que nos señala la Biblia: remitir el asunto a Dios y esperar sus directivas confiando en él.

¡Sí, confía plenamente en tu Señor! En el Salmo 37, leemos: “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará” (v. 5). Yo sé, por experiencia, que esto no siempre es fácil; y a veces nos gustaría dar un pequeño impulso nosotros mismos, para adelantar algo. Pero el Señor desea que lo honremos con nuestra confianza. Salomón escribió: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia” (Proverbios 3:5). Este pasaje de las Escrituras también nos dice que no debemos dejar de lado nuestro



intelecto; por el contrario, ¡es preciso reflexionar en el asunto! Lo fundamental en esto consiste en **no apoyarnos** en nuestro intelecto, en nuestro propio entendimiento, sino en confiar plenamente en el Señor.

### *La oración*

El lector atento reconoce con rapidez que, en el capítulo 24 del libro de Génesis, la oración juega un papel fundamental. Aunque al leer acerca de la actitud de Abraham no hallamos una mención directa, en el contexto podemos discernir que el patriarca expuso su plan ante Dios. En cuanto al siervo, leemos expresamente que oró. En el versículo 13 vemos que éste remitió sencillamente sus circunstancias a Dios; y el versículo 14 indica que añadió una petición concreta. Por otra parte, vemos que Isaac era un hombre de oración, que buscaba la comunión con Dios.

*Para hallar la esposa o el esposo que Dios ha destinado para ti es preciso que tomes buen tiempo a fin de orar intensamente al respec-*

*to. De esta manera expresarás que dependes del Señor. Antes de tomar una decisión importante acerca de la persona con quien has de casarte es necesario haber dedicado suficiente tiempo a la oración, buscando las directivas del Señor y gozando de la comunión con él.*

Aun cuando no tengas nada en concreto para pedirle al Señor respecto a la elección de un cónyuge, no pienses que sería demasiado temprano como para comenzar a orar por ello. Puedes anticiparte y dirigirte al Señor en oración, pidiéndole que te guíe para que, llegado ese momento, te guarde de cometer errores. En otro contexto, el apóstol Pablo les escribió a los colosenses: "Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta..." (Colosenses 4:3). Si quieres tener una puerta abierta en la cuestión de la elección de un cónyuge, debes orar por ello; y Dios te responderá, no obrará como si no hubiera escuchado tal oración.

Orar para que el Señor te

muestre con quién contraer matrimonio es primordialmente una oración personal. No obstante, podrías orar con otros; por ejemplo, con tus padres o quizá con hermanos de tu confianza. Tal motivo de oración es también un medio por el cual podrás buscar y mantener la comunión con otros creyentes espirituales.

En todo caso, la oración debe anticiparse a la búsqueda de la esposa o del esposo. Ya hemos visto que no es bueno llegar a estar más o menos decidido por alguien en el fuero interno, y luego de esto pedirle a Dios, por así decirlo, una luz verde mediante la oración.

Veamos un ejemplo: Juan era un creyente recto, que deseaba conocer la voluntad del Señor para su vida. Pero, no lograba avances en la cuestión de la elección de una esposa. Oraba por ello, pero no obtenía ninguna certeza al respecto. Un día, conversó sobre el asunto con un hermano al que le tenía confianza. Después de haber dialogado extensamente, sin hallar la razón por la que no hallaba respuesta de parte de Dios, el hermano le

preguntó: «Dime, Juan, ¿no será porque tú, más o menos, ya has decidido por alguien interiormente, y ahora pides la bendición de Dios para continuar tu camino?» Juan tuvo que admitir que lo que oyó era cierto. Había puesto sus ojos en una joven, aun cuando sabía bien que ella no era una mujer idónea para él. En ese momento, Juan comprendió la lección. Poco tiempo después, el Señor guio sus pasos hacia otra señorita. Ahora, Juan se encuentra dichosamente casado.

### *La Palabra de Dios*

Es sorprendente que la decisión acerca de Rebeca haya tenido lugar junto a un pozo (o fuente). En la Biblia se mencionan fuentes en varias ocasiones. Cuando Isaac vio a su esposa por primera vez, estaba cerca de un pozo. Ese hecho no sucedió por casualidad. En dicho relato, como en muchos otros pasajes de la Biblia, el pozo o la fuente (o manantial) nos habla en figura de la Palabra de Dios. Concluimos, pues, que también la Palabra de Dios debe conducirte en la elección de quien será tu

esposa si eres varón o tu esposo si eres mujer.

*Por medio de la oración hablamos con Dios y le pedimos su guía para que nos muestre el camino que debemos seguir. Y Dios nos habla por medio de su Palabra para mostrarnos con claridad sus pensamientos y encaminarnos en sus sendas. Muchos pasajes de la Biblia se refieren al matrimonio. Ellos nos muestran los principios establecidos por Dios para nuestra felicidad. Antes de comprometerte en matrimonio es preciso que repares en tales enseñanzas bíblicas a fin de ponerlas en práctica y así seas feliz.*

Por cierto, una buena parte de lo que ocurre antes del matrimonio se asemeja a un arroyo seco. Pero, como preparación para el matrimonio y la elección de una esposa o un esposo, es importante que conozcamos los pensamientos de Dios al respecto. En párrafos anteriores ya hemos hablado de los criterios que la Palabra de Dios nos presenta.

Pero, ¿cómo podríamos poner en práctica tales criterios si ni siquiera los conocemos? Es, pues, una condición esencial escudriñar la Palabra de Dios y prestar atención a lo que ella nos dice. No tomes sus enseñanzas con ligereza. Dios siempre sabe todo inmensamente mejor que nosotros. Considera los versículos que hemos leído y que nos señalan que no hay ninguna comunión entre un hijo de Dios y una persona del mundo.

Hay, además, un pensamiento que se relaciona con el hecho de que el siervo de Abraham y Rebeca, y luego también Isaac y Rebeca, se hayan encontrado cerca de un pozo. Es importante que te dejes conducir por la Palabra de Dios, y también es esencial que tu futura esposa (o esposo si eres mujer) obre de la misma manera. Joven, si una señorita atrae los sentimientos de tu corazón, o tú señorita, si sientes atracción por un joven, procura saber qué valor le da dicha señorita o dicho joven a la Palabra de Dios para gobernar su vida. En uno y otro caso, ¿cómo dirige su vida? ¿Se advierte que la tal o el tal rige

su vida obrando mediante sus propias ideas? ¿O bien procura hacer la voluntad de Dios en su vida cotidiana?

### *La paciencia*

La paciencia es una virtud de la que carecemos muchos de nosotros. En el relato que leemos en el capítulo 24 del Génesis, todo se desarrolla con tranquilidad. No vemos ninguna actividad precipitada. Tengo la certeza de que el siervo se sintió muy conmovido al ver cómo Dios dirigió todo. Sin embargo, el curso de los acontecimientos no presenta ninguna muestra externa de nerviosismo o de impaciencia. Por el contrario, el siervo fue paciente. Esperó que Dios lo guiara paso a paso. Sólo obró cuando todo le resultó claro, cuando todas las dudas quedaron despejadas tanto para él como para Rebeca.

Ésta es una lección difícil de aprender. No debes marchar a una velocidad inútilmente elevada en la cuestión de la elección del ser con quien hayas de casarte. Ciertos jóvenes a veces dan la impresión de que están huyendo de algo, y tan rápido que parece

que nada les resulta demasiado veloz. Creen que quien llega a los 18 años y no ha conseguido entablar un noviazgo deben de haber perdido algo. Pero, es todo lo contrario. Para las decisiones importantes es preciso tomarse el tiempo necesario. Nadie te apresura, ¡excepto tú mismo, quizá! Y si otros, ya sean amigos, parientes, o incluso tus padres, te apremian sobre el asunto, hasta sentirte verdaderamente presionado, no debes tomar esas actitudes como indicaciones de parte de Dios. En el libro de los Proverbios, Salomón advierte: “El alma sin ciencia (o: la falta de conocimiento en el alma) no es buena, y aquel que se apresura con los pies, peca” (19:2). Tomemos muy en serio estas exhortaciones.

*La celeridad, en el asunto de la elección de una esposa o de un esposo, ha causado muchos estragos. Es mejor esperar con paciencia en Dios. ¡Tómate tu tiempo!, incluso si eso llegara a ser angustioso. Dios sabe quién reúne las mejores condiciones para que sea tu cónyuge.*

Por cierto, hay otros asuntos en la vida en los cuales harás bien en apresurarte; pero, de ninguna manera cuando se trata de la elección de una esposa o de un esposo. Hemos visto varios ejemplos de creyentes que se dieron prisa para casarse por temor de que se les cerrara una puerta para ello, y que luego se arrepintieron. Por eso ten paciencia; espera hasta que el Señor te dé, verdaderamente, total claridad al respecto, y así podrás conducirte con tranquilidad en los pasos que debas seguir.

### *No en yugo desigual*

Vuelvo a hablar de este peligro. Es un punto tan importante que, aunque me repita, es necesario detenernos a reflexionar un poco más sobre él. Hallamos una confirmación de tal peligro en las circunstancias que relata el capítulo 24 del Génesis. Abraham le atribuyó mucha importancia al hecho de que su hijo no debía unirse en matrimonio con una mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales estaba viviendo. ¿Acaso esas jóvenes no eran hermosas? ¿No eran trabajadoras? Segu-

ramente, había allí mujeres bellas y laboriosas. Sin embargo, Abraham no quería que su hijo se casara con una de ellas. Para él era de suma importancia que la esposa de su hijo fuera de su parentela. ¿Por qué? ¿Qué les faltaba a las demás mujeres? La respuesta se encuentra en el hecho de que las cananeas eran idólatras; y Abraham no quería que su hijo se relacionara con la idolatría.

En tal relato hallamos un significado espiritual para nosotros: la persona con quien podríamos contraer el vínculo matrimonial debe formar parte de la familia de la fe. Debe ser alguien que se haya convertido al Señor Jesús, que lo haya recibido como Salvador personal y camine con él. En el mundo no sólo hay personas encantadoras, sino también de carácter noble. ¿Por qué no casarse con una de ellas? ¿Qué les falta? La respuesta es: no conocen al Señor Jesús como su Salvador. Sirven a otro señor; por eso, lo que tenemos que hacer es muy claro: ¡no unírnos con ellas en yugo desigual! No existe licencia para establecer tal compromiso.

Esto no tiene nada que ver con la discriminación.

### *La aprobación de los padres*

Ahora tocaremos un punto delicado, pero que vale la pena considerar. Es notable comprobar que, en el caso de Isaac, contó con la aprobación de sus padres. Isaac confiaba en su padre, y Rebeca también en el suyo. Sé muy bien que, en este asunto, a muchos jóvenes no les gusta escuchar la opinión de sus padres. Pero, si ellos te dan consejos, ¡escúchalos! Naturalmente, tus progenitores no decidirán con quién casarte (espero que ellos comprendan bien esto y lo tengan muy claro). No son los padres quienes deben salir en búsqueda de cónyuge para sus hijos. Sin embargo, tienen cierto derecho de intervenir en el asunto, al menos en el sentido moral. Para ejercer correctamente tal derecho, necesitan sabiduría. A muchos padres les resulta difícil mantenerse al margen en este asunto. No obstante, querido joven, si tus padres te dan un consejo que a ti te parezca inconveniente, a pesar de todo, preséntalo en oración

delante del Señor, para discernir si es oportuno recibirlo. Ten en cuenta que muchos matrimonios que fracasaron, no habían contado con la feliz aprobación de los padres.

Naturalmente, este tema tiene dos lados. Uno es el que acabamos de considerar. ¿Estás dispuesto, joven, a escuchar el consejo de tus padres? Y el otro es: padres, ¿están preparados para dar buenos consejos? Puede ocurrir que un joven, criado en un hogar de creyentes, le pregunte a su padre: «Papá, quiero comprometerme para contraer matrimonio, ¿puedes darme un consejo sobre esto?» Y el padre responda: «Ese no es asunto mío, querido hijo, sino tuyo; decide tú.» Pensamos perplejos: ¿Es posible que algunos padres jamás hayan hablado con sus hijos sobre este tema tan importante?

*Es muy importante que hables del tema con tus padres, no sólo cuando llegues a la edad de casarte y te surjan preguntas concretas, sino antes; porque al llegar ese momento, a menudo ya será*

*demasiado tarde. Deseo que tus padres hayan establecido contigo una relación de confianza forjada durante años, de tal manera que puedas hablar con ellos con toda naturalidad sobre estos temas tan importantes. La elección de una esposa o de un esposo, a menudo es un proceso que se desarrolla durante cierto período de la vida. Y los padres deben acompañar dicho proceso con la delicadeza de sentimientos y la sabiduría necesarias.*

¿Y si no tienes padres que puedan darte un consejo espiritual? Entonces busca un amigo creyente con sentimiento paternal o una amiga creyente que tenga el sentimiento maternal, con quien puedas hablar sobre el tema. En todo caso, es muy bueno buscar consejos espirituales de parte de hermanos y hermanas mayores, maduros en la fe.

### **No presionar**

En el relato del capítulo 24 del Génesis, no hallamos ninguna actitud forzada ni vemos que se haya presionado a alguien a

tomar alguna decisión. En la lectura de todo el capítulo se respira un aire de espontaneidad. El siervo, aunque estaba seguro de lo que llevaba a cabo, dejó abierta la posibilidad para que Rebeca y sus padres pudieran decir sí o no. Él no presionó en absoluto. Es lo que nos indica el versículo 49, donde leemos que les dijo a sus padres: "Ahora, pues, si vosotros hacéis misericordia y verdad con mi señor, declarádmelo; y si no, declarádmelo; y me iré a la diestra o a la siniestra." Y en el versículo 58, leemos: "Y llamaron a Rebeca, y le dijeron: ¿Irás tú con este varón? Y ella respondió: Sí, iré." Es decir, que Rebeca tomó su propia decisión.

En ciertos casos particulares esto puede resultar muy difícil, tanto como para estar dispuestos a recibir un «no» en respuesta y aceptarlo. No se debe presionar a la otra persona, sino dejarla decidir libremente.

Veamos un ejemplo: Pedro era un joven creyente, que manifestaba espiritualidad. Había reflexionado mucho sobre el asunto de la elección de una esposa. Un día, con mucha con-

vicción, le preguntó a Karina si quería casarse con él. Ella le pidió que la dejara pensar y orar por ello. Pasado un tiempo le respondió que no. Realmente, ella no se sentía libre para responder dichosamente a tal propuesta matrimonial. Pero, Pedro no podía ni quería aceptar eso. Procuró convencerla de que ella era la mujer que el Señor había elegido para él y que, por lo tanto, era imposible que no aceptara su propuesta. Karina se sintió confundida. Y en la incertidumbre les pidió consejo a sus padres. Éstos pensaron que, como Pedro era un joven conocido por su espiritualidad, sería un buen esposo para su hija. Finalmente, Karina aceptó la propuesta, pero sin entusiasmo. Ahora están casados, pero, lamentablemente, no constituyen un hogar realmente armonioso y feliz.

No se debe actuar así. Es absolutamente impropio presionar a una persona. Y esto se dirige especialmente a ti joven varón. Cuando pienses en proponerle matrimonio a una joven, más vale que no uses como argumento la consabida frase: «Estoy seguro de que es

la voluntad de Dios.» El apóstol Pablo, quien era mucho más espiritual que cualquiera de nosotros, fue muy prudente para llegar a expresar en cierta ocasión: “Dando por cierto que Dios nos llamaba” (Hechos 16:10). Si no tienes total convicción, una señorita que es temerosa de Dios, como en el caso de Karina, puede ser confundida y llegar hasta la incertidumbre si le haces una propuesta matrimonial de manera insistente, presionándola como lo hizo Pedro.

*Tú, joven varón, debes estar preparado para aceptar un «no» como respuesta de parte de la joven a quien le propones matrimonio. Y asimismo tú, joven señorita, para decir «no», si no sientes una feliz paz interior y la expectativa de contraer matrimonio con tal varón carece del entusiasmo propio de un corazón alegre. El matrimonio en la tierra no puede ser disuelto. Cuando alguien se casa, la decisión adoptada es definitiva, y no debe tomarse bajo presión, sino de manera voluntaria y con gozo.*



La situación es peor aún, cuando terceras personas actúan pensando que es necesario presionar al joven y a la joven implicados. No permitas que algo por el estilo suceda contigo. Los estragos producidos por tales intervenciones pueden ser grandes.

En ciertas circunstancias, es bueno pedirle con sencillez a la persona interesada que tenga paciencia. Un «no» inicial, puede que no siempre deba ser tomado como algo definitivo. A veces una joven que recibe una propuesta matrimonial, simplemente necesita pensarlo durante un buen tiempo. Veamos otro ejemplo:

José era un joven creyente que estaba seriamente interesado en hallar una buena esposa. Cuando creyó haber recibido claridad de parte del Señor acerca de ello, le propuso matrimonio a una joven hermana. Lo hizo sin presionar de ninguna manera. Pero, la joven rechazó la propuesta. Aunque a José le resultó muy doloroso, aceptó el «no». Esperó con paciencia algún tiempo y volvió a formular la petición por segun-

da vez. Luego de un período de reflexión y oración, José recibió un gozoso «sí». Ellos constituyeron un hogar muy feliz y sus vidas están dedicadas al servicio del Señor.

### *Valores morales*

Rebeca era una joven bella, “de aspecto muy hermoso”. Queridas hermanas jóvenes, agradezcan al Señor si también lucen una bella figura física, pues Él las ha hecho así. Pero, no se jacten de ello. No olviden que, tarde o temprano, la belleza física desaparece. Lo que perdura son los valores o cualidades morales. Rebeca abundaba en tales valores. Me parece que el siervo de Abraham, sin ser indiferente a la belleza física de la joven, le prestó especial atención a los valores internos, a las cualidades morales que ella manifestaba.

¿Cuáles fueron los valores morales que el siervo pudo discernir en Rebeca y que le llamaron la atención?

- Rebeca era amable y servicial. Cuando el siervo le pidió agua, ella le dio de beber con

todo gusto. Su belleza no la había convertido en una mujer arrogante. Al contrario, se mostró amable, incluso con un extraño.

- Era sensible ante las necesidades de los demás, y ponía manos a la obra para ayudar. Le dio de beber no sólo al siervo, sino también a los camellos, con toda solicitud, lo cual no era poco trabajo. ¡Un camello puede beber cien litros de agua en 10 minutos! De manera que los cántaros que les proporcionó fueron muchos.

- Era una mujer activa y trabajadora. No obró lenta o perezosamente. La palabra menciona varias veces las expresiones “se dio prisa”... “corrió”.

- Era hospitalaria. Aunque fuera la casa de sus padres, ella sabía que los extranjeros podrían hospedarse allí.

- Era capaz de tomar decisiones. No se comportó como una niña consentida por padres ricos, sino que estaba en condiciones de decidir por sí misma en asuntos muy importantes.

- Era autónoma. Cuando se le planteó la alternativa de dejar la casa paterna, no dudó largo tiempo, y partió con el siervo hacia Canaán

Hemos resaltado algunos puntos que nos sirven de ejemplo. Rebeca poseía valores morales que hacían de ella una mujer virtuosa. Esto confirma lo que ya hemos considerado: la apariencia externa no es lo más importante; pero los valores morales son decisivos. Consideremos esto con seriedad: el matrimonio no es un paseo romántico al atardecer. Tampoco es una cena íntima tomada a la luz de las velas en una noche de luna llena. Y menos todavía una carrera en auto descapotable para disfrutar la brisa en el verano. Si Dios quiere concedernos tan gratos momentos vivámoslos con agradecimiento. Pero, la vida conyugal no siempre es fácil. Es la vida en común entre el marido y la esposa, que no pasa siempre por cumbres soleadas. También hay días que se presentan con nubes que proyectan sus sombras. Deseo, de todo corazón, que cada uno

de ustedes disfrute de una bella luna de miel; pero ésta pasa con rapidez. Entonces llega el momento de vivir la vida cotidiana (de manera deliberada, no digo «la monotonía diaria»). Hay momentos en que nos azotan las crisis, quizá las dificultades profesionales, las enfermedades, los problemas con los niños, etc. Esos son los tiempos en que se necesitan y se manifiestan verdaderamente los valores y cualidades interiores.

Querido joven hermano, piensa y trata de responder a esta pregunta concreta: ¿puedes hacerte la idea de que la mujer con la que te gustaría llegar al matrimonio, un día tendrá que velar durante toda la noche cuidando a un niño enfermo? Es probable que, si te casas, en ciertos momentos debas enfrentar situaciones semejantes. Pero éste es sólo un ejemplo entre muchos otros. Y tú, querida hermana joven, ¿Has considerado si el joven con quien sueñas casarte estaría dispuesto a levantarse a cualquier hora de la noche, en el caso de que sufras alguna descompostura o quizás alguna enfermedad, para ocuparse per-

sonalmente del bebé que tal vez tendrían?

*Llegan días en que un matrimonio debe enfrentar verdaderos desafíos. Desafíos cuya exigencia llega hasta el extremo. Entonces el esposo no necesitará una muñeca de porcelana, ni la esposa precisará un modelo de revistas de moda. Para esos días se necesitan hombres y mujeres dispuestos a ayudar, y capaces de poner manos a la obra frente a situaciones difíciles. Casarse pensando sólo en los días buenos y agradables que puedan vivir no es una buena idea, no es suficiente.*

Veamos un ejemplo más: Máximo y Alejandro eran buenos amigos y concordaban en muchas cosas. Pero, cuando llegó el tiempo de elegir una esposa para sí, sus caminos y criterios discreparon. A Máximo le interesaba tener una mujer bella y deportista, y conoció una con dichas características en un campo de deporte. La joven era rubia y lucía una figura encantadora. Máximo se enamoró de

ella a primera vista. Luego se casaron. Pero, esa mujer bella y deportista fue envejeciendo, el barniz de la belleza perdió su brillo y el carácter deportivo se esfumó... En cambio, cuando Alejandro vio por primera vez a la que sería su esposa no se interesó en ella. En este caso no se trató de amor a primera vista. La segunda vez que se vieron, a él le llamó la atención que la joven, en su tiempo libre, se ocupaba de los quehaceres del hogar y organizaba todo con rapidez y gran prudencia. Esa fue la razón que, finalmente, lo impulsó a proponerle matrimonio. Ahora tienen un hogar feliz. Alejandro es un hombre muy ocupado y, día tras día, su esposa demuestra ser verdaderamente su ayuda idónea.

### La elección del cónyuge según la Biblia: Un ejemplo negativo: Sansón

Lamentablemente, existen también ejemplos negativos, tanto en la vida cotidiana como en la Biblia. Uno de ellos lo ha-

llamos en Sansón. En muchos aspectos, la vida de Sansón nos presenta serias advertencias; entre otras, sobre el tema de la elección de la esposa. Podemos leer ese relato en el capítulo 14 del libro de los Jueces. Por desgracia, Sansón hizo todo lo contrario de lo que debía poner en práctica. Él era un nazareo, consagrado a Dios. Pero, en lo que respecta a su relación con las mujeres, comprobamos que no tuvo en cuenta su consagración. Obró a su antojo. Este ejemplo quedó escrito para nuestra advertencia.

- Primero: Sansón tomó por mujer a una filisteo, una incrédula. Así como los israelitas, los filisteos también vivían en la tierra de Canaán, pero éstos no pertenecían al pueblo elegido de Dios. Al contrario, eran enemigos del pueblo de Dios. Los filisteos son una figura del mundo que nos rodea, pero no tanto en su carácter de corrupción moral, sino más bien en su carácter religioso. Podemos decir que son una figura de los cristianos profesantes sin vida, es decir, personas que

se hacen llamar cristianas, pero que en realidad son incrédulas. Recordemos la lección que hemos aprendido: la apariencia, la profesión sin vida no tiene valor. Una bella etiqueta multicolor puede engañar acerca del contenido del embalaje. La mujer que Sansón quería tomar por esposa no pertenecía al pueblo de Dios. Él no debía casarse con ella, pues Dios lo había prohibido. Volvemos a encontrar, pues, la advertencia de no casarse con alguien que no tenga al Salvador en su corazón, con alguien que carece de una relación vital y personal con el Señor Jesús.

- Segundo: La mujer con quien Sansón quería casarse agradó a sus ojos (Jueces 14:3). Él quería tenerla a toda costa y no escuchó el consejo de sus padres. Éstos le advirtieron contra tal propósito, pero Sansón los desoyó. Se comportó de manera terca e irreflexiva. Siguió obstinadamente los dictados de su propia cabeza y los impuso. Por otra parte, es cierto que sus padres no obraron con firmeza para evitar que cumpliera tal deseo. Finalmente, cedieron a

las presiones de su hijo y tomaron a esa mujer para él. Así que ésta es una advertencia que les cabe tanto a los jóvenes como a los padres de familia. Los hijos deben escuchar a sus padres, cuando éstos les manifiestan reservas legítimas al respecto. Y los padres, cuando albergan serias reservas justificadas, no deben ceder a los deseos caprichosos de sus hijos, aun cuando éstos los sometan a presiones sobre el asunto. Deben advertirles con seriedad y mostrarles las consecuencias que les traerá tal comportamiento.

- Tercero: Sansón se dejaba guiar por sus ojos. En Timnat vio a una mujer y dijo: "Ella me agrada" (Jueces 14:1-3). Sí, entre los filisteos había mujeres bellas y atractivas. Sansón dejó que su mirada paseara por donde jamás habría tenido que fijar su vista. Job, por el contrario, había hecho pacto con sus ojos, a fin de no mirar con codicia a una virgen (Job 31:1). Para los varones, a menudo la belleza física de las mujeres representa un peligro especial. Nos atrae y, rápidamente, nos enceguece.

En el mundo hay muchas mujeres bellas; mujeres que, junto con un profuso maquillaje que destaca sus rasgos faciales, utilizan llamativos atuendos entallados que resaltan su figura. Y con frecuencia se presentan de manera cautivante, de tal modo que no es fácil dejar de mirarlas. Pero, ¿qué valores morales tendrán? Sansón, ¿habrá prestado atención a esto último? Aparentemente, sólo tuvo en cuenta lo que le agradó a sus ojos. ¡Y cuántos jóvenes naufragaron en esto, sencillamente porque no controlaron sus ojos!

- Cuarto: Si por un lado, Sansón no escuchó a sus padres, por otro, nunca se apartó realmente de ellos. Parece que no había madurado como para contraer matrimonio. Había cosas que Sansón no quería compartir con su esposa, sin haber hablado de ello previamente con sus padres (véase Jueces 14, el final del versículo 16). Podemos comprender muy bien que su mujer no estaba precisamente encantada con ese proceder. Semejante comportamiento arruina el matrimonio. El ma-

trimonio es una unidad. Si una esposa nota que para su esposo los padres de él tienen más importancia que ella, o inversamente, si un esposo nota eso en su esposa, la confianza entre ellos desaparece rápidamente.

- Quinto: En esta circunstancia, no vemos que Sansón haya orado. Obró de manera independiente de Dios, aunque debería haber mantenido una especial relación con Él en su carácter de nazareo.

- Sexto: Nada de lo que leemos demuestra que Sansón haya amado realmente a su esposa. Al contrario, nos da la impresión de que sólo se trataba de una mera satisfacción de sus impulsos carnales (Jueces 15:1-2). Parece que en este aspecto lo único que le importaba a Sansón era tener una mujer en su cama.

Así, pues, el matrimonio de Sansón aún no había comenzado y ya estaba perdido. Lamentablemente, esa experiencia negativa no le sirvió para cambiar su comportamiento frente a

las mujeres. Dios nos presenta estos ejemplos negativos por buenas razones. Nos sirven de advertencia a fin de que no cai-gamos en esos errores, sino que obremos con sabiduría.

### Citas amorosas

Antes de que un joven haya discernido con claridad delante del Señor que él le indica pedir en matrimonio a una joven, puede ser necesario cierto tiempo previo para que ambos se conozcan más y mejor. Esa etapa se puede vivir de diversas maneras.

- En algunos casos, los jóvenes se conocen desde la niñez. Crecieron en ámbitos muy cercanos, fueron a la escuela juntos y quizá se reúnen en la misma congregación cristiana. Eso tiene ciertas ventajas porque pueden conocerse mejor y apreciar el entorno familiar. En tales casos no se requiere mucho tiempo previo para que el pedido de matrimonio sea expresado.

- En otros casos tienen la posibilidad de conocerse más en

encuentros grupales. Cuando los jóvenes creyentes emprenden alguna actividad en grupo tienen una buena oportunidad para formarse una idea de la persona en vista, sin hacer notar directamente un interés por ella. Las visitas familiares también facilitan tales encuentros.

Por supuesto, es comprensible que entre un joven y una señorita a menudo exista un deseo natural de conocerse de manera más profunda por medio de conversaciones personales. Así, los vemos concretar una cita en la cual dialogan y comienzan a conocerse más. Dichos encuentros amistosos son muy apreciados por los jóvenes. Pero, ¿cómo podemos considerar tales citas a la luz de la Biblia? Veámoslo de inmediato.

### *Diferentes puntos de vista*

No es un secreto el hecho de que, entre los creyentes fieles a la Biblia, las apreciaciones respecto a las citas mencionadas difieren bastante. Algunos verdaderos pastores de almas no las admiten por principios espirituales y, con buenas ra-

zones, las rechazan y advierten contra ellas. Muchas veces tales encuentros no fueron provechosos.

La Biblia no menciona citas de esa naturaleza; sin embargo, tampoco emite una prohibición directa de tales encuentros. En un capítulo posterior veremos que la amistad liberal y sin compromiso alguno entre los jóvenes y las señoritas creyentes es incompatible con el espíritu de la Biblia. Incluso puede representar un gran peligro. Entre los creyentes, la idea de vivir juntos sin casarse ni siquiera debe plantearse.

Las citas ocasionales o regulares entre un hombre y una mujer implican sustentar una amistad sin compromisos. Si lo pensamos con seriedad, ¿qué otra cosa más puede añadirse a esto cuando un joven y una joven asumen el noviazgo? ¿Qué otra cosa podría añadirse cuando ellos se sienten casi seguros de que Dios quiere unirlos en matrimonio? ¿Deben comprometerse directamente? ¿Pueden encontrarse sólo para conocerse más y estar más seguros de su decisión?

Es natural que un hombre y una mujer que se interesan el uno por el otro y no se conocen mucho, deseen hablar personalmente. Es un deseo comprensible y correcto. No hay nada en contra de ello; al contrario. Sin embargo, aconsejo que sean prudentes. No propondría que tales encuentros sean excluidos; pero, es cierto que encierran un riesgo. Tú no conciertas una cita con alguien a quien no deseas ver; al contrario. Por lo tanto, ciertos sentimientos ya estarán presentes allí. Y en esa situación existe una gran probabilidad de que dejes de reflexionar con sensatez. Y es posible que te comportes de manera diferente a la que lo harías normalmente.

No obstante, en algunos casos tales encuentros tienen sentido. Efectivamente, pueden ofrecer una buena posibilidad para conocerse mejor.

### *Condiciones*

Tal vez tú, joven creyente, deseas encontrarte con una joven también creyente para hablar a solas. ¿Cómo te comportarás en tal situación? Me gustaría indicarte dos condicio-



nes que me parecen importantes para ambos:

- En primer lugar, no conciertes una cita sin haber orado por ello. Sin oración es mejor no hacerlo, por bueno y justo que pueda parecer encontrarse. La responsabilidad de obrar correctamente delante del Señor pesa sobre ti.

- En segundo lugar, habla con tus padres sobre el tema y escucha sus consejos. Desaconsejo que obres solo en este asunto. Contar con la bendición de padres espirituales es muy importante. En circunstancias normales, ninguna cita debería tener lugar a espaldas de los padres. Explícales para qué vas a esa cita y qué te motiva internamente. Si ellos desean más detalles, será bueno que se los compartas. Sigue sus consejos espirituales.

### *Indicaciones, observaciones*

(Basadas en el libro «*Citas, matrimonio, sexo y divorcio*», escrito por el hermano estadounidense Roger P. Daniel, destacado por su don de pastor de almas).

- Primero: Todo encuentro entre un joven y una joven debe permanecer dentro del marco de lo que leemos en Filipenses 4:8, que dice: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.” Si conciertas una cita con una joven y te mantienes en el contexto de este versículo, regresarás a tu casa con buena conciencia.

- Segundo: Jóvenes, tanto varones como mujeres, no concierten una cita con alguien del sexo opuesto si no están verdaderamente interesados en iniciar una relación seria. Si concierten en tener una cita con la persona que les atrae, no vayan pensando que sólo será cuestión de tener una linda velada o simplemente una ocasión para coquetear; sino más bien fíjense el objetivo de conocer más a tal persona. Una joven sólo debería aceptar la invitación de un joven si conoce un poco de la personalidad de éste. Si el joven

no tiene buena reputación o es desconocido no debe aceptarla. El riesgo es grande.

- Tercero: Sean cuidadosos en la elección del sitio donde tendrá lugar la cita. Hay espacios donde el riesgo de caer en pecado es particularmente grande. Por ejemplo, puntos de encuentro románticos o los asientos traseros de un automóvil. Eviten también quedarse solos en una casa o en una habitación. Elijan preferentemente un lugar donde puedan hablar con tranquilidad y, no obstante, sin estar totalmente aislados de los demás.

- Cuarto: Todo encuentro entre un joven y una joven debe ser una experiencia del alma y del espíritu, no un encuentro de los cuerpos que avive los deseos sexuales. Si acudes a una cita debes hacerlo con el propósito de conocer mejor a la persona con quien la concertaste, no para satisfacer las pasiones carnales. En este sentido, el peligro es mayor para los varones que las señoritas. En tales encuentros deben evitar intercambiar

caricias atrevidas. Si lo hacen se exponen a un gran peligro, cuyas consecuencias serán eventualmente muy penosas.

- Quinto: Vístanse y compórtense ambos de manera que no provoque una excitación sexual en la otra persona. Las señoritas deben ser aún más cuidadosas en este punto. En un capítulo posterior veremos el efecto que una vestimenta incorrecta puede provocar en los jóvenes. El atavío indiscreto de la señorita puede contribuir para que el joven sienta el impulso de desearla sexualmente y lo lleve a cometer en su corazón el pecado de adulterio o de fornicación (Mateo 5:27-28). Ellas, pues, deben vestirse de manera discreta y conveniente. Presten atención ambos y cuiden sus gestos, comportamiento y palabras. "Hágase todo decentemente y con orden" (1.a Corintios 14:40).

- Sexto: No juegues con los sentimientos de la persona con quien te has dado cita. En tales citas, algunos jóvenes tienen la desdichada tendencia de dejar

que los sentimientos de la otra persona crezcan hasta el punto de manifestar un interés auténtico en formalizar una relación, y luego la desechan como si fuera un calcetín viejo. Muy a menudo esa clase de diversión dejó heridas profundas y difíciles de sanar. Un hombre o una mujer no son un trapo viejo ni un juguete, sino una criatura de Dios con la cual nadie debe comportarse de esa manera.

***No olvides el propósito del encuentro: conocerse mejor para poder tomar ante el Señor una decisión basada en el deseo de saber si la persona con quien concertaste la cita será la que Él ha preparado para unirte en matrimonio.***

### ***Pedir en matrimonio***

Finalizada la etapa de reconocimiento en la que los pretendientes podrán considerar todo lo que les concierne delante del Señor, llega una fase emocionante: la petición en matrimonio. Pero, incluso cuando ambos concuerdan en todo, ¿indicará esto que ha llegado el tiempo oportuno para formular tal pe-

dido? Pienso que sí. Ya hemos visto que, normalmente, la iniciativa procede del hombre. Éste toma la parte activa. Él le expresa a la joven su deseo de que sea su esposa, la pide en matrimonio. Pero, ¿cómo procederá? ¿De qué manera lo hará? Es evidente que no podríamos dar una respuesta de manera general. Considero que esto es un hecho muy particular y personal. Por eso no diré nada al respecto. Solamente estimo que es importante llamar la atención sobre dos puntos:

- Como joven varón, luego de haber discernido claramente la voluntad del Señor y de tener la aprobación de tus padres, lo cual sería el caso normal, te cabe la responsabilidad de hablar con los padres de la joven. Hemos visto que sus padres tienen cierto derecho para intervenir. Ellos criaron a la joven durante muchos años y le brindaron sus cuidados y apoyo. Aunque esto es inusual en el mundo actual, me parece que hablar con los padres de la joven es mucho más que un acto de cortesía. Dejo a consideración si

esto puede tener lugar antes o después de hablar con la joven, pues hay diferentes puntos de vista culturales al respecto. En casos particulares, los jóvenes obraron de manera diferente a lo expuesto y, no obstante, llegaron a buen término.

- Como joven varón, debes hacerle a tu futura esposa un pedido de matrimonio «oficial», «formal». Esto puede parecer anticuado, pero estimo que es importante. En el mundo actual las personas obran de manera muy diferente: traban amistad, pasan días de vacaciones juntos, viven juntos y quizá se casan cuando llegan los hijos. Una petición formal de matrimonio ni siquiera pasa por sus mentes o sólo le dan un valor mínimo.

Pero, entre los creyentes las cosas no deben suceder así. Entre ellos, si un joven desea casar-

se con una joven, no hay nada más apropiado que expresar la petición de manera formal. Al decir esto pienso en el caso de una mujer que está casada hace más de 20 años. Es un matrimonio feliz. Sin embargo, hasta el día de hoy le pesa el hecho de que su marido nunca le haya hecho un pedido «formal» de matrimonio.

Con la petición en matrimonio comienza una nueva etapa en la vida de la joven y el joven. Esta fase es relativamente corta; sin embargo, es un tiempo muy importante: el período de noviazgo o, más bien, de compromiso nupcial.

*Continuará*

*Ernst A. Bremicker*

*(Traducido y adaptado de la versión francesa, con autorización del autor.*

*Libro original en alemán: «Verliebt, Verlobt, Verheiratet»)*

## PENSAMIENTO

**E**l maná de ayer no puede convenirnos para hoy, ni el de hoy para mañana.

Tenemos que alimentarnos

de Cristo cada día, con renovada energía del Espíritu; si no lo hacemos, dejaremos de crecer.

*Anónimo (M.E. 1935)*

## MEDITACIONES BREVES

Nº 33

(En M.E. Nº 29)

El juez injusto

Lucas 18:1-8

La parábola del juez injusto, —así como los párrafos antecedentes del capítulo 17—, presenta la condición del remanente judío del fin. No obstante, es muy instructiva para nosotros los cristianos.

El juez injusto no poseía los primeros rudimentos del conocimiento de Dios. En esto era similar a muchos dignatarios de la cristiandad actual. “Ni temía a Dios, ni respetaba a hombre” (v. 2). Para quien no tiene dicho temor de Dios, la sabiduría divina es letra muerta. Sin tal temor ni siquiera puede suponer el carácter del Dios que aborrece el mal bajo todas sus formas. El alma, pues, está **sin Dios**.

Tal hombre, al no tener a Dios, sino **a sí mismo** como punto de comparación, sólo

obtiene este resultado: se constituye en juez de todos los hombres, salvo de sí mismo, pues sin Dios el hombre natural es incapaz de juzgarse. Entonces se coloca en el centro, en lugar de Dios y, sin juzgarse, juzga a los demás.

Semejante juicio siempre lo lleva a no respetar a los hombres, a despreciarlos. Así se levanta una estatua en medio de la bancarrota y de la ruina moral de la humanidad; y, según su propia opinión, permanece solo e intacto sobre tales escombros.

Como lo veremos, el carácter de la pobre viuda es un fiel retrato del remanente judío del fin; no obstante, ofrece un importante punto de contacto con el nuestro. Apurémonos a comprobarlo, pues al Señor le sirvió como tema

de exhortación a sus discípulos. Éstos, así como esa viuda, debían “orar siempre, y no desmayar” (v. 1). Ante nosotros se presenta una infinidad de necesidades, ya sea en lo que nos concierne personalmente, sea en lo que se refiere al pueblo de Dios, o en lo que se relacione con el mundo. Todo ello son temas de oraciones, intercesiones y de súplicas continuas dirigidas al Dios de gracia. He aquí lo que tenemos que hacer; pero, en circunstancias muy diferentes a las de la viuda. Ella invocaba **al juez**; pero los cristianos jamás lo haríamos, porque invocamos al Padre. El Señor, entregado a las manos de sus verdugos dijo: “Padre, perdónalos.” La viuda dijo: “Hazme justicia (o véngame) de mi adversario”, mientras que nosotros sólo podemos implorar la misericordia de Dios sobre ellos. Sin embargo, en medio de las pruebas suscitadas por el mundo contra los santos, sabemos que Dios ejerce paciencia antes de intervenir por nosotros: “¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos, que

claman a él día y noche, aunque sea longánime acerca de ellos?” (RV 1909). Sabemos que Dios juzgará; pero que su **promesa** es cierta y que usa de paciencia, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2.ª Pedro 3:9).

En la parábola, el Señor alude a los “escogidos que claman a él día y noche”, para que se les haga justicia, como en el Salmo 83:1. Esa pobre viuda es, pues, la figura del remanente judío que atravesará la tribulación al final de los días y que podrá invocar con insistencia la venganza del Juez, porque dicha venganza será para tales creyentes el único medio de liberación. Toda esa escena no nos concierne directamente; sin embargo, además de alentarnos a orar siempre y no desmayar, nos asegura que Dios manifiesta paciencia antes de intervenir por los suyos por medio de juicios. De Su lado, no faltará nada: “Os digo que **pronto** les hará justicia” (Lucas 18:8). Estas palabras son proféticas; pero, por anticipación, los

discípulos del Señor pudieron verificarlas como una realidad histórica y parcial cuando Jerusalén fue destruida.

Jesús añadió: **“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”**

De hecho, el remanente judío que “clama día y noche”, se convencerá de la intervención libertadora del “Hijo de Hombre”, solamente cuando **lo vea**. Será necesario, pues, que Él aparezca ante los ojos de esos fieles **para que crean**.

Así sucedió con Tomás. El Señor le dijo: “Porque me has **visto**, Tomás, **creíste**; bienaventurados los que **no vieron**, y creyeron... No seas **incrédulo**, sino **creyente**” (Juan 20:27-29). De modo que, **únicamente bajo este aspecto**, el remanente será **incrédulo** y no **creerá** en la realidad de la liberación **por medio del Hijo del Hombre en persona**, por medio de Aquel a quien el pueblo crucificó en la antigüedad, hasta que lo vean con sus ojos.

Así que, en los versículos que estamos meditando, en los que el Señor dice: “Cuan-

do venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” no habla de aquella fe, de la fe que acompaña a la vista, sino de la fe de los que hayan creído en la intervención del Hijo del Hombre sin verlo. ¿La hallará quizás en uno u otro del remanente que, bajo la influencia de reminiscencias cristianas, haya esperado al Cristo como **Hijo del Hombre**, en lugar de esperar sólo en la intervención celestial de Jehová? Es la pregunta que el Señor deja abierta en este versículo, a la cual no se nos da respuesta. Pero, vemos el hecho de que, hasta que los del remanente lo vean a Él, permanecerán incrédulos en relación con dicha intervención **personal**. Hasta ese momento, la fe de ellos será **en Dios** (v. 7) a quien, sumidos en la angustia, clamarán día y noche. Además, por esa misma fe en Dios, ellos sabrán que un día él intervendrá, puesto que leemos que dirán: “¿Hasta cuándo?”

Pero, la fe, nuestra fe en el Hijo del Hombre ahora invisible y que **viene personal-**

mente a manifestarse mediante el juicio, para establecer su reino, a ellos les faltará. Serán incrédulos hasta que el

Hombre crucificado les muestre sus heridas.

*H. Rossier (M.E. 1923)*

## ALGUNAS NOTAS SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

(Viene de la página 44 del N° 95 – Edición especial de 2015)

### Capítulo 7

#### *Versículos 1 a 3*

**E**n este párrafo, el autor comienza a tratar el bendito y glorioso tema del sacerdocio de Cristo, el cual pone en contraste con el de Aarón o de Leví, para señalar la inmensa superioridad de aquél sobre este último.

Para hacer notar esto con toda evidencia, así como ya lo había hecho intuir (capítulos 5:6, 10 y 6:20), toma como tipo o figura del sacerdocio de Cristo, el de Melquisedec, respecto al cual tenía muchas cosas que decir (5:11).

Este sacerdocio —comple-

tamente al margen del de Aarón, que fue instituido mucho después—, ofrece aspectos tales que representa exactamente el sacerdocio de Cristo; y hasta tal punto que algunos llegaron a la equivocada conclusión de ver en Melquisedec a alguien que era más que un hombre.

En el relato del capítulo 14 del libro del Génesis, vemos que este notable personaje apareció repentinamente, y desapareció de la misma manera, sin que hallemos rastros históricos de él en el resto de las Escrituras. Melquisedec era rey de Salem, el lugar que llevaría el nombre de Jerusalén (Salmo 76:2).



Su nombre significa “rey de justicia” y, como Salem quiere decir “paz”, era también “rey de paz”. Pero, además, era sacerdote del **Dios Altísimo**. El apelativo “Altísimo” se le atribuye a Dios cuando se trata del reino milenial: “Dios Altísimo, creador (o: poseedor) de los cielos y de la tierra ” (Génesis 14:18-20), así como lo hallamos escrito con frecuencia en los Salmos que se refieren a esa época.

Melquisedec, rey y sacerdote, es pues el tipo o figura del Señor en el tiempo en que él, el Príncipe de paz, habiendo establecido su reino en la tierra, reinará en justicia, y el efecto de la justicia será paz (Isaías 32:1, 17; 9:6), y él será sacerdote sobre su trono (Zacarías 6:13).

El primer versículo del capítulo que estamos meditando hace referencia al momento en que Melquisedec se presentó ante Abraham. Fue cuando éste “volvía de la derrota de Quedorlaomer y de los reyes que con él estaban”, hecho que, en figura, también nos hace divisar el día venidero de la manifestación de Cristo, cuando haya subyugado a los reyes de la tierra y es-

tablecido su reino de justicia y de paz. Mientras consideramos esto podemos señalar, de paso, que las expresiones “salió a recibir a Abraham” y las del Génesis “sacó pan y vino” se relacionan con el carácter actual del sacerdocio de Cristo a favor de nosotros; es decir, sus cuidados preventivos y el socorro que hallamos en su Persona en el momento oportuno.

Acerca de Melquisedec, la Escritura dice: “Sin padre, sin madre”, es decir, sin parentesco alguno de donde pudiera heredar su sacerdocio. “Sin genealogía”, en contraste con los hijos de Aarón quienes, para legítimar su derecho al sacerdocio, debían probar su genealogía (Esdras 2:62). “Que ni tiene principio de días, ni fin de vida”, lo que quiere decir: sin que le fuera asignado un límite a su sacerdocio, como era el caso para los hijos de Aarón, pues Melquisedec apareció y desapareció sin que haya referencias ni de su nacimiento ni de su muerte. Lo vemos, pues, siempre vivo: **su sacerdocio permanece para siempre**. Así, representa de manera admirable el sacer-

docio perpetuo e intransferible del Señor.

También leemos: “Hecho semejante al Hijo de Dios”; semejante al Hijo de Dios, no en su persona, sino en su oficio de sacerdote. Sólo que el sacerdocio de Cristo se ejerce ahora en los cielos.

### *Versículos 4 a 10*

Después de haber mostrado todas las características del sacerdocio de Melquisedec y de haber dado las pruebas de que, fuera del sacerdocio de Aarón, existía otro de un orden muy diferente, el autor muestra cuán superior es el primero comparado con el segundo. Tal es el sacerdocio de Cristo, como lo prueban las palabras del Salmo 110, en el que David, dirigido por el Espíritu, dijo: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (v. 4). El autor de la epístola aplica esas expresiones al Señor, refiriéndose a la autoridad del propio Señor Jesús, quien menciona dicho Salmo aplicándose a sí mismo (Mateo 22:43).

El escritor, pues, quiere resaltar la superioridad del sacer-

docio de Cristo, según el orden de Melquisedec, en contraste con el de Aarón. Para ello toma dos particularidades mencionadas en el relato del capítulo 14 del Génesis. La primera es el hecho de que Melquisedec bendijo a Abraham; y la segunda, que Abraham le dio el diezmo del botín. “Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín” (v. 4). Efectivamente, la grandeza de Melquisedec aparece de manera admirable, si pensamos en la dignidad del patriarca Abraham, depositario de las promesas y padre de los creyentes, quien dio ese gran ejemplo de fe y de paciencia puestas de relieve en el capítulo 6 de esta epístola.

Abraham, por grande que haya sido, al darle el diezmo del botín a Melquisedec, reconoció la dignidad de éste y el derecho que tenía de recibir ese diezmo. Ahora bien, bajo la Ley, que vino mucho tiempo después de Abraham, los sacerdotes de la tribu de Leví, de la familia de Aarón, tenían la orden de tomar el diezmo del pueblo, es decir, de sus hermanos (v. 5). Así

que, el hecho de que Melquisedec haya recibido el diezmo de parte de Abraham muestra que también recibió el diezmo de Leví, descendiente de Abraham: “Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos” (v. 9). Y esto nos hace ver con claridad que el sacerdocio de Melquisedec era superior al de Leví. Además, los sacerdotes del orden levítico eran hombres mortales, mientras que el testimonio escrito acerca de Melquisedec lo muestra vivo: “Se da testimonio de **que vive**”; “ni tiene principio de días, ni fin de vida”. Él subsiste en su dignidad. Finalmente, la segunda prueba de la superioridad de Melquisedec sobre Abraham se ve en el hecho de que aquél lo bendice: “Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor” (v. 7). Y la última característica lo describe como “aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos” (de los descendientes de Leví).

Cualquiera que haya sido este personaje —por otra parte desconocido y misterioso—, su grandeza y las características de su sacerdocio quedan

claramente expuestas delante de nuestros ojos. Así, pues, tomamos conocimiento de lo que la Palabra nos enseña, cuando menciona al Señor como “sacerdote según el orden de Melquisedec” en contraste con los sacerdotes según el orden de Aarón.

### *Versículos 11 a 17*

En estos versículos y en los siguientes vemos desarrollados y aplicados al Señor los caracteres que pertenecen al sacerdocio según el orden de Melquisedec, y que demuestran su superioridad frente al de Aarón.

Pero, hallamos algo más aún. El pueblo de Israel había recibido una ley fundada en el sacerdocio levítico. Sin embargo, este sacerdocio no podía llevar a la perfección a nadie. No era el término, el objetivo final de los designios de Dios. Y esto queda demostrado en el hecho de que otro sacerdocio, según el orden de Melquisedec, había sido anunciado en las Escrituras, como algo que habría de suscitarse (Salmo 110). De ello se infiere lo siguiente: “Cambiado el sacerdocio, necesario es que ha-

ya también cambio de ley" (v. 12). Al efectuarse tal cambio de ley, también se desploma con ella todo el sistema levítico que estaba fundado en el sacerdocio según el orden de Aarón.

Dos cosas demuestran el cambio completo que se realizó, el contraste total entre las dos clases de sacerdocio.

En primer lugar, "aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar" (v. 13). El Señor, pertenecía a una tribu ajena al sacerdocio levítico, el cual se hallaba confinado a la familia de Aarón. El Mesías, según la profecía de Jacob e incluso de otros, debía surgir de la tribu de Judá (Génesis 49:10) y de la familia de David (Isaías 11:1); y así aconteció, como lo sabemos. Ésa es la primera diferencia.

En segundo lugar, el sacerdote según el orden de Aarón era "constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia (o: mandamiento carnal; mandamiento acerca del linaje carnal, físico)" (v. 16). Todo ese sistema estaba adaptado al hombre en la carne; todo era exterior y temporal. Las

ceremonias y las ordenanzas eran únicamente figuras de algo mejor, y a menudo un yugo pesado para el hombre pecador y sin fuerza.

Los sacerdotes se sucedían unos tras otros y así cada uno de ellos ejercía su cargo sólo durante su vida en este mundo. Por el contrario, el Señor, "a semejanza de Melquisedec", fue constituido como sacerdote "según el poder de una vida indestructible". La vida en la cual entró, después de haber efectuado la redención, es una vida sobre la cual la muerte no tiene poder. Por eso se da este testimonio de Él: "Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec." Su sacerdocio es, pues, perfecto.

### *Versículo 18*

El mandamiento que precedió al establecimiento del sacerdocio perfecto, el sistema legal que se aplicaba al hombre en la carne, fue abrogado "a causa de su debilidad e ineficacia". Era débil porque Dios permanecía oculto detrás del velo, y nada en ese sistema le daba al hombre la capacidad de entrar más

allá de él y de acercarse a Dios. Era, pues, ineficaz, inútil para ello y así queda demostrado que la Ley no ha llevado nada a la perfección, como leemos: “Nada perfeccionó la ley.”

### *Versículo 19*

Pero si el antiguo orden basado en la Ley fue puesto de lado, porque no llevaba nada a la perfección, el sacerdocio de Cristo introdujo “una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios”. Ya no se trata más de un mandamiento que mantenía al hombre lejos de Dios, sino de una esperanza, de una confianza basada en la promesa y la gracia divina, que nos permite acercarnos a Dios y estar en su presencia sin temor.

Podemos señalar que éste es uno de los grandes puntos sobre los cuales insiste la epístola, es decir, el hecho de acercarnos a Dios como un privilegio del cristiano (véase los capítulos 4:16; 7:19, 25; 10:1, 22). ¡Preciosa gracia para nosotros!

### *Versículos 20 a 22*

Jesús fue hecho fiador, garante de un mejor pacto. Un

pacto basado en el principio de la obediencia estaba vinculado con el sacerdocio aarónico; pero un nuevo pacto con el pueblo de Israel, “un mejor pacto”, fue establecido con él en relación con el sacerdocio de Cristo.

Cristo, pues, es el garante de este pacto que no descansa sobre el principio que demandaba la obediencia de un pueblo carnal, sino sobre Cristo mismo y su obra. Recordemos que el autor de la epístola les habla a los hebreos que se habían convertido al cristianismo, y que los pactos se relacionan con Israel.

Ahora bien, lo que demuestra la excelencia y la superioridad de este pacto es lo siguiente: Aquel que fue constituido como garante, fue hecho sacerdote “con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”.

Por el contrario, los sacerdotes según el orden de Aarón habían sido establecidos simplemente por orden de Dios, sin que hubiera intervenido juramento alguno que asegurara su perpetuidad.

***Versículos 23 a 24***

He aquí un nuevo contraste entre el sacerdocio levítico y el de Cristo. Vemos en esto el contraste entre la muerte y la vida. En el primero, los sacerdotes “llegaron a ser muchos”. Como eran hombres mortales, no perduraban, sino que se sucedían unos a otros. Pero, Cristo, poseedor de una vida indestructible, es y perdura como el único sacerdote. Él tiene el sacerdocio que no se transmite y que no cambia. Todo en él es estable y perpetuo.

***Versículo 25***

El fruto de lo antedicho es infinitamente precioso para nosotros. Señalemos en primer lugar la expresión: “Los que por él se acercan a Dios.” Se trata de una clase de personas que se caracterizan por ello. Son los creyentes, los que son salvos, los beneficiarios de la obra consumada por Cristo. Ellos poseen por Él este favor que no podían obtener ni mediante la Ley ni con los sacrificios judaicos: acercarse a Dios.

Veamos ahora el privilegio que ellos reciben como resulta-

do del sacerdocio intransferible y perpetuo de Cristo: Él puede salvarlos perpetuamente o por completo (literalmente: hasta la terminación). Somos salvos de manera perfecta, es decir, lavados de nuestros pecados y librados del juicio por medio de la obra consumada en la cruz. Pero aún tenemos que peregrinar por el desierto de este mundo, con sus peligros y fatigas. A través de todo y hasta que todo ello se haya completado o terminado, Él nos salva, nos libra y nos guarda. ¿Y en virtud de qué? En virtud de que Él está “viviendo siempre”, de que está vivo perpetuamente con una vida en la que nada interrumpe su actividad, y de que, con tal vida, intercede por nosotros.

Así, pues, el hecho de que seamos salvos hasta el final de nuestra peregrinación se debe a Su intercesión constante. De la misma manera que en la antigüedad, la intercesión de Moisés ante Jehová, levantando sus manos sostenidas por Aarón y Hur (Éxodo 17), le adjudicó a Israel una victoria completa sobre sus enemigos, así también Jesús, viviendo siempre, nos hace

triunfar sobre todos los obstáculos que podrían detener nuestra carrera.

### *Versículos 26 a 28*

En estos versículos hallamos un nuevo argumento, que establece aún por contraste la excelencia suprema del sacerdocio de Cristo sobre el de Aarón. Los sumos sacerdotes tomados de entre los hombres eran débiles, tanto como aquellos para quienes eran constituidos. Eran hombres pecadores que debían ofrecer sacrificios, primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo, y para ello entraban en un tabernáculo terrenal, mientras que el pueblo tenía prohibido tal acceso.

Pero nosotros, salvados por el sacrificio de Cristo, quien se ofreció a sí mismo una vez y para siempre, nos acercamos a Dios en el santuario celestial, donde no puede entrar nada impuro ni contaminado. Nuestro lugar está allí. Éramos pecadores; pero, salvados, somos santos. Como tales nos **convenía** tener un sumo sacerdote tal como lo requieren la gloria y la pureza del cielo —santo,

inocente, sin mancha, apartado de los pecadores—, tenerlo allí donde estamos llamados a entrar: hecho más sublime que los cielos o: exaltado más alto que los cielos, encumbrado por encima de los cielos, en la presencia de Dios.

Al estar revestido así de ese carácter de santidad, Él no tuvo que ofrecer sacrificio para sí mismo, sino que, al contrario, se ofreció por nosotros. Y como tal sacrificio es perfecto no tiene que renovarse. Su eficacia permanece, y nosotros permanecemos delante de Dios, allí donde ese único sacrificio nos ha colocado. Su sacerdocio se ejerce, pues, en el cielo, y su oficio como sumo sacerdote consiste en interceder por nosotros.

La Ley constituía hombres débiles como sumos sacerdotes; pero, “la palabra posterior a la Ley, trajo algo más excelente. Se trata del juramento de Dios: “Juró el Señor”, y tal juramento constituyó como sumo sacerdote “al Hijo”. Por cierto, era un hombre, pero era el Hijo de Dios, y fue constituido sumo sacerdote cuando, después de haber sido perfeccionado o

consumado, es decir, consagrado (véase el capítulo 2:10), entró en el cielo, perfecta, plenamente apto para ejercer su oficio por la eternidad.

Haremos una observación respecto al versículo 27, donde leemos: "Ofreciéndose a sí mismo." Esto no quiere decir que Él se inmoló a sí mismo, llevando a cabo así un acto sacerdotal. Más bien, Él se presentó a sí mismo como ofrenda; se dio a sí mismo para ser la víctima del sacrificio (Gálatas 1:4; 2:20; Efesios 5:2, 25). Asimismo, no fue Él quien vertió su sangre, sino que su sangre fue vertida (Mateo 26:28). Incluso en el sacerdocio levítico había casos en que no era el propio sacerdote quien inmolaba la víctima (Levítico 1:5, 11; 3:2, 8, 13; 4:4, 24, 29, etc.).

No hay ningún acto como sacerdote de parte de Cristo antes del momento en que, entrando en la gloria después de haber sido consumado, fue declarado o saludado por Dios mismo como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (véase el capítulo 5).

## Capítulo 8

### *Versículos 1 y 2*

Estos dos versículos constituyen el resumen de todo lo que el autor de la epístola ha expuesto sobre el tema del sumo sacerdocio de Cristo en el cielo. Este tema, introducido al final del capítulo 2, continúa en los siguientes hasta el presente capítulo, pasando por ellos con interrupciones en las que se tratan asuntos accesorios, tales como el reposo (en el capítulo 4), la profesión (en el capítulo 6), etc. Pero si tomamos los dos últimos versículos del capítulo 2, los primeros del capítulo 3, los versículos 14 a 16 del capítulo 4, los versículos 1 a 11 del capítulo 5, el último del capítulo 6 y el capítulo 7 entero, veremos lo que quieren decir estas palabras: "El punto principal (o: el resumen) de lo que venimos diciendo."

Tal resumen presenta el hecho glorioso del sumo sacerdocio de Cristo en los lugares santos, en los cielos, donde se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad, es decir, en la posición de grandeza suprema. Ese santuario, ese verdadero taber-



náculo que levantó el Señor y no el hombre, está en contraste con el tabernáculo terrenal erigido en el desierto, donde oficiaban los sacerdotes según la Ley. En el verdadero tabernáculo celestial oficia a nuestro favor, por su intercesión, Aquel que, después de ofrecerse a sí mismo como víctima, entró allí y fue declarado, proclamado sumo sacerdote para la eternidad.

Este gran hecho introdujo una nueva economía (administración, dispensación), que puso fin a la antigua; una nueva economía que no sólo no está relacionada con las ordenanzas levíticas, sino que tampoco lo está con el pacto vinculado a ellas, todo lo cual fue puesto de lado, para dar lugar a un nuevo y mejor pacto. Tal es el tema del capítulo que tenemos ante nosotros.

### *Versículo 3*

El oficio del sumo sacerdote era presentar a Dios ofrendas y sacrificios por el pueblo. Era necesario, pues, que “éste”, (refiriéndose a Jesús), también tuviera algo para ofrecer. Él se ofreció a sí mismo en la cruz y, habiendo consumado ese sacrificio,

presenta a Dios su intercesión por nosotros en el cielo (compárese 7:27 y 25).

### *Versículo 4*

Pero, el autor insiste en el hecho de que dicha intercesión no se lleva a cabo en la tierra. En ésta había sacerdotes que ofrendaban según la Ley, para un pueblo terrenal. El Espíritu Santo obraba para que los Hebreos se despegaran cada vez más de la tierra y para introducirlos en las cosas más excelentes del cielo.

### *Versículo 5*

Este versículo nos muestra con claridad lo que acabamos de ver. Todo el servicio de los sacerdotes según la Ley se relacionaba con la “figura y sombra de las cosas celestiales”. En la Ley, todo ese servicio estaba prescrito por Dios; todo debía hacerse con exactitud, para responder a Su pensamiento. Jehová le había repetido esto a Moisés en cuatro ocasiones (Éxodo 25:9, 40; 26:30; 27:8), pero eran sólo figuras de las cosas celestiales, “del santuario y del verdadero tabernáculo”, del cual

Cristo es ministro. ¿Qué preferirían los hebreos, las sombras o la realidad?

### *Versículo 6*

Esa realidad celestial es Cristo, el “mediador de un mejor pacto” que aquel al cual estaba ligado al sacerdocio y las ordenanzas levíticas. El autor de la epístola, en el capítulo 7:22, había tratado el tema del pacto con estas palabras: “Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.” Y vuelve a tomar aquí el tema que, en los versículos siguientes y en el capítulo 9, tratará de manera completa.

Pero, notemos de qué manera en todas las cosas resalta la gloria de Cristo, borrando todas las glorias de la economía precedente, las cuales los hebreos habrían podido hacer valer. Vemos, pues, el sacerdocio aarónico puesto de lado y reemplazado por el sacerdocio celestial.

¿Y qué sucedió con el pacto establecido con los padres y que tuvo a Moisés como mediador? También fue puesto de lado para dar lugar a uno mejor, cuyo Mediador es mucho más grande que Moisés, y que fue

“establecido sobre mejores promesas”. Las promesas del antiguo pacto descansaban sobre la obediencia a la Ley. Las promesas del nuevo son incondicionales y tienen como fuente sólo la gracia de Dios y, en cuanto a su cumplimiento, están basadas en el sacrificio de Cristo, tal como lo demostrará el capítulo 9.

### *Versículo 7*

El hecho de que un nuevo pacto había sido anunciado en las Escrituras, como lo veremos luego, demuestra que el primero no era intachable. Hemos leído que “nada perfeccionó la ley”; ella era provisoria, y fue dada a un pueblo terrenal bajo la condición de la obediencia.

Sin duda, todo lo que Dios había dicho, ordenado, establecido, era sin defecto; pero, sólo eran sombras, y el pueblo al que se le dio la Ley y con el cual se estableció el pacto, era un pueblo carnal, “duro de cerviz”, incapaz de guardar la Ley y de no infringir ese pacto.

Este pacto, pues, debía ser reemplazado por otro; por eso, en este sentido, no era intachable. El pueblo estaba obligado

a guardarlo, y era responsable si no lo hacía. De manera que Dios, luego de censurar al pueblo, haciéndoles reproches merecidos por no haber guardado el pacto, en su gracia soberana anunció otro.

### *Versículos 8 a 12*

El Espíritu Santo cita las magníficas promesas relacionadas con este nuevo pacto, que el profeta Jeremías había hecho escuchar al pueblo en un día de ruina extrema (Jeremías 31:31-34). Pero, en lugar de explayarse hablando de las bendiciones de este segundo pacto, el autor se limita a sacar esta conclusión: al haber un nuevo pacto, el antiguo desaparece.

Así, los creyentes hebreos quedaban desligados del antiguo pacto, de la misma manera que se habían desprendido de todas las cosas relacionadas con el judaísmo y, al mismo tiempo, eran preservados de apegarse a lo que compone el nuevo pacto, el cual se relaciona con un tiempo aún venidero.

### *Versículo 13*

Con toda delicadeza —y en

ello podemos admirar los tiernos cuidados de Dios—, el Espíritu Santo condujo poco a poco a los creyentes hebreos a dejar el judaísmo y todo lo que se relaciona con éste. Así, vemos que el versículo 4 menciona sacerdotes, y habla de ellos como que aún entonces estaban ejerciendo sus funciones en la tierra, aun cuando la cruz de Cristo había marcado el fin de ello para los creyentes.

Asimismo, en el último versículo de este capítulo, no dice que el antiguo pacto haya pasado, sino que envejece y está próximo a desaparecer. Es como una persona muy anciana; ella aún está en un lugar, pero está a punto de dejar la escena de este mundo.

Notemos aún que en el versículo 8, al citar Jeremías 31, el Espíritu Santo nos recuerda que Jehová proclamó el Nuevo Pacto “reprendiéndolos”. ¡Qué Dios de gracia! Efectivamente, ¡cuántas veces, al leer los profetas, no vemos que las amenazas, los juicios y las maldiciones pronunciadas contra Israel, a causa de sus desobediencias y rebeliones, son acompañadas de las prome-

sas de bendición que se cumplirán en los tiempos del Milenio! (Léase, por ejemplo: Isaías 2:2-5; 4:2-6; 11:6-16; 12; etc.).

Digamos aún algunas palabras, necesarias para los cristianos, tocante al Nuevo Pacto.

Según los términos de Jeremías 31, citados en el presente capítulo, el Nuevo Pacto, lo mismo que el antiguo, es establecido con Israel, el pueblo terrenal, y no con nosotros, cristianos.

Los pactos tienen que ver con los caminos y el gobierno de Dios en sus vínculos con los hombres que se encuentran en una situación en la que se relacionan con él, pero sólo en el ámbito terreno. No hay pactos en el cielo. Para nosotros, cristianos, nuestra posición y nuestras bendiciones están en el cielo (Efesios 1:3).

Por otra parte, el carácter de nuestra relación con Dios y con Cristo no implica un pacto. La relación entre un hijo y su padre, o la de una esposa con su esposo, no son pactos. Estar unidos en la gloria, por medio del Espíritu Santo, al Mediador del nuevo pacto está lejos de ser un pacto. Pero los cristianos somos

salvos por la sangre del pacto. Y, antes que el remanente futuro de Israel, nos beneficiamos de los privilegios esenciales del Nuevo Pacto, el cual Dios fundamentó en la sangre de Cristo; pero esto es en espíritu y no según la letra.

Señalemos también la diferencia que existe entre Moisés, mediador del antiguo pacto, y Cristo, Mediador del nuevo.

Moisés era el intermediario entre Dios y el pueblo, para transmitirle a éste el contenido del contrato que recibía como el pacto hecho con Dios, y anunciaba las penas que resultarían al infringir la Ley.

Pero, Cristo murió por la nación (Juan 11:50-52) y, como lo veremos en el versículo 15 del capítulo 9, su muerte intervino para efectuar la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto. Así, hallamos colocada la base de toda la bendición del Nuevo pacto. No se trataba ya de la obediencia de hombres pecadores, sino de la muerte de Cristo por los pecadores.

Otra diferencia entre el primer pacto y el nuevo, es el he-

cho de que el primero fue establecido **con** el pueblo (v. 9: “Con sus padres”). Había, pues, dos partes contratantes. Pero, por el contrario, el nuevo, será establecido no **con ellos**, sino **para ellos**, según los versículos 8 y 10. —En estos versículos, varias versiones traducen: “Estableceré **para** (o: **para con**) la casa de Israel y **para** (o: **para con**) la ca-

sa de Judá” (v. 8) y: “Este es el pacto que ordenaré **a** la casa de Israel” (v. 10, así en RV 1909) o: **para** la casa de Israel (nota del traductor)—. Para concretar el Nuevo Pacto, pues, Dios lo hace solo y así puede bendecir sobre el fundamento de la redención perfecta cumplida por Cristo.

Continuará  
Anónimo (M.E. 1892-1893)

---

## UN MATRIMONIO PIADOSO ZACARÍAS Y ELISABET

(Léase el capítulo 1 del evangelio según Lucas)

**E**l evangelio según Lucas tiene la particularidad de mostrarnos de manera admirable la **humanidad perfecta** del Señor. Lucas nos da a conocer con singular cuidado el modo en que Jesús revistió nuestra humanidad y cómo entró en este mundo.

*Bello testimonio dado por Lucas, respecto a un matrimonio fiel*

Esta historia, desarrollada en el capítulo 1 de Lucas, se ubica en los días de Herodes, cuyo sobrenombre fue el Grande, llamado rey de Judea, pero que, de hecho, gobernó toda Palestina.

El relato nos presenta a “un sacerdote llamado Zacarías” (cuyo nombre quiere decir: “Jehová se acuerda”), de la clase de Abías” (v. 5). Ésta era la octava de las 24 clases de sacerdotes instaurados por David 1.º Crónicas 24:10, 19). Su mujer, Elisabet (cuyo nombre significa “Juramento de Dios”), procedía de la casa de Aarón, y llevaba el mismo nombre que la mujer de Aarón (Éxodo 6:23). Tanto Zacarías como Elisabet, pues, eran de linaje sacerdotal.

Las Escrituras dan un bello testimonio de ellos: “Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (v. 6). Pero, leemos que “no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de edad avanzada”. Entre los judíos, el hecho de estar privados de tener hijos era considerado como una desgracia y una afrenta (véase el v. 25, y Génesis 30:23). Sin embargo, aun cuando toda esperanza de tener descendencia se desvanece, Dios puede intervenir para honrar la fidelidad y la confianza de los suyos.

### *El anuncio del ángel del Señor a Zacarías*

Ofrecer el incienso era a menudo un momento esperado durante largo tiempo y un acto muy altamente apreciado, pues tal honor ¡le tocaba quizá no más de una vez en la vida de un sacerdote, a causa del gran número de ellos! En esa ocasión, a Zacarías le tocó **en suerte** (cf. Proverbios 16:33) entrar en el santuario del Señor con ese objetivo (Éxodo 30:7-8). Durante ese tiempo, toda la multitud **oraba** fuera: el humo del incienso era el símbolo de esas oraciones (Lucas 1:9-11; Apocalipsis 8:3-4).

Mientras Zacarías oficiaba en ese lugar solemne, ¡se dio cuenta de que no estaba solo! Un ángel estaba en pie a la derecha del altar de incienso: desde Malaquías, es decir, ¡desde 400 años atrás, no había llegado ningún mensaje que viniera del cielo (Salmo 74:9)! Pero, Dios habló de nuevo, enlazando el presente con el pasado y valiéndose de un sacerdote. La aparición de ese ángel abrió la serie de hechos sobrenaturales que se halla al principio de es-

te evangelio (véase el capítulo 2, versículo 9).

El sacerdote, pues, se turbó, sobrecogido de temor. Pero, de inmediato, el ángel procuró tranquilizarlo. Le dijo: “**No temas**; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan” (también especificaría el nombre de Jesús: v. 31).

### *La revelación del ministerio de Juan el Bautista, quien sería grande delante del Señor*

Juan, puesto aparte para Dios desde su nacimiento, sería un gran profeta, encargado de preparar a Israel para la venida de su Mesías. “Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento” (v. 14). Las Escrituras establecen con precisión el papel de precursor al que Juan el Bautista fue llamado a desenvolver respecto al Mesías.

El nacimiento de Juan ya había sido anunciado por Isaías 700 años antes (Isaías 40:3-5), y luego confirmado por Malaquías (Malaquías 3:1). Estos dos pasajes son citados al principio del evangelio según Marcos (1:2-3).

Alguien dijo que el evangelio según Lucas es el de la gracia y de la pobreza. Y también es **el del gozo** (1:14, 44, 47, 58; 2:10, etc.). En él, los cánticos y las acciones de gracias se suceden (cf. Efesios 5:18-19).

Antes del cántico profético de Zacarías, hallamos los cánticos de Elisabet y de María. Después de las declaraciones proféticas de Zacarías leemos acerca de lo que profetizó poéticamente Simeón, luego de las expresiones pronunciadas por las huestes celestiales y los pastores. Incluso leemos de otras acciones de gracias más y, al final del libro, ¡el gozo de los discípulos de Emaús! El ministerio de Juan se caracterizaría por el gozo, un gozo **cumplido** (Juan 3:29), aun cuando durante su vida encontrara el sufrimiento y finalmente fuera sometido a una muerte cruel.

El ángel prosiguió diciendo acerca de Juan: “Será grande **delante de Dios**. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (v. 15); esto último es algo misterioso, pero consolador.

La grandeza de Juan **dependía** de la Persona a quien él anunciaba. En lo que concierne a Jesús, sencillamente está escrito: “**Será grande**” (v. 32), lo cual es un calificativo **absoluto**: su dominio es universal (Daniel 7:14).

Juan habría de vivir como nazareo (Números 6:1-21), consagrado a Dios para vivir una vida de separación y renunciamiento. El poder del Espíritu Santo podía así desplegarse en este hombre que se había privado voluntariamente de los goces terrenales.

La palabra ha dejado constancia de su misión: “Hará que muchos de los hijos de Israel **se conviertan** (o: **vuelvan**) **al Señor** Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (vv. 16-17). Lo esencial de su mensaje se encuentra contenido en este sencillo llamamiento: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2).

### *La realización de la promesa a pesar de la incredulidad de Zacarías*

Cuando Zacarías escuchó estas buenas noticias (v. 19), se mostró incrédulo. ¿No eran acaso una respuesta a sus súplicas (v. 13)? Su fe no estaba a la altura de sus oraciones, las cuales, por cierto, había presentado durante años. ¡Y también a nosotros nos sucede a menudo que ya no esperamos más de parte del Señor lo que le habíamos pedido con insistencia!

En respuesta a la pregunta de Zacarías: “¿En qué conoceré esto?”, el mensajero celestial le reveló su nombre: **Gabriel**, que significa “hombre de Dios o fuerte de Dios” o también: “Dios es poderoso”. Este arcángel está habitualmente delante de Dios, listo para cumplir Su voluntad. ¿No había esclarecido el entendimiento de un “varón muy amado” (a Daniel), dándole precisiones respecto a cuánto tiempo sería rechazado el Mesías? (véase: Daniel 8:16; 9:21; Hebreos 1:14).

Luego, Gabriel le dijo a Zacarías: “Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día



en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo" (v. 20). El pueblo, que estaba esperando que Zacarías saliera del santuario, se extrañaba de que él se demorara allí dentro (v. 21). Y la sorpresa fue aún mayor cuando salió, al comprobar que estaba mudo; entonces "comprendieron que había visto visión en el santuario" (v. 22).

Cada clase sacerdotal ejercía sus funciones durante una semana, de sábado a sábado: "Y cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa" (v. 23).

Así, pues, a Zacarías y a Elisabet les sería dado un hijo. Ella concibió (v. 34) y, consciente de ser objeto de la gracia de Dios, se recluyó modestamente en su casa durante cinco meses: no quería llamar la atención. Deseaba permanecer aislada y en recogimiento, para agradecerle a Dios, con expresiones como estas: "El Señor... se dignó quitar mi afrenta entre los hombres" (v. 25).

### *El anuncio del ángel Gabriel a María*

Entre tanto, al cabo de seis meses, al ángel Gabriel se le en-

cargó una misión aún más extraordinaria: tenía que anunciarle a una virgen de Israel (Isaías 7:14), a María, desposada (comprometida para casarse) con José, de la casa de David, que iba a ser la madre del Mesías. Éste era el deseo secreto de todas las mujeres piadosas en Israel. Pero, ese nacimiento tendría lugar de manera milagrosa, divina.

¡Qué turbación y qué emoción habrán invadido el corazón de la joven! Entonces, el ángel la tranquilizó diciéndole, también a ella: "María, **no temas**, porque has **hallado gracia** delante de Dios" (Lucas 1:30). La expresión "hallar gracia" es frecuente en las Escrituras: Génesis 6:8; 18:3; Éxodo 33:12-13, etc.).

María iba a concebir y dar a luz un hijo al que debía llamar Jesús (que quiere decir: Jehová salva). "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo... y su reino no tendrá fin" (vv. 31-33).

María preguntó: "¿Cómo será esto? pues no conozco varón" (v. 34). Pues, de hecho, debía tratarse de la consumación de un matrimonio. Entonces, Gabriel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el po-

der del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el **Santo Ser** que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

María **creyó** y, con humildad y obediencia, se sujetó completamente a la voluntad de Dios: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (v. 38). Ella sabía que podía ser acusada de adúltera; pero, presentó su cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Romanos 12:1).

Entonces, el ángel le reveló que Elisabet, su parienta a la que habían llamado estéril durante largo tiempo, también daría a luz un hijo “concebido en su vejez” (v. 36). Esto fue un aliento para María. Sí, verdaderamente se verifica aún en esto que ¡“nada es imposible para Dios” (Génesis 18:14; Salmo 135:6)!

### *La visita de María a Elisabet*

María era consciente de la grandeza de las revelaciones que había recibido. Pero, sin duda, sentía la necesidad de un sostén moral, frente al oprobio que le esperaba (Mateo 1:19).

Se fue, pues, de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá, en la región donde se encuentra particularmente Hebrón, para reunirse allí con Elisabet, quien acababa de experimentar una situación análoga. Sabía que podrían compartir sus experiencias espirituales y que también podrían alentarse mutuamente mediante la fe que una veía en la otra (Malaquías 3.16). Y nuestras conversaciones, ¿están bien orientadas como las de estas mujeres cuando nos encontramos con otros hijos de Dios?

“Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura **saltó** en su vientre” (v. 41). Era una respuesta misteriosa, involuntaria del precursor, quien aún estaba por nacer, ante la cercanía del Mesías, quien también estaba tan cerca de venir como Hombre perfecto a esta tierra. “La criatura **saltó de alegría**”, afirmó Elisabet. Ella fue **llena del Espíritu Santo**, de manera que Él gobernaba las palabras y los actos de esta mujer, la única de la cual el Nuevo Testamento da cuenta de que haya sido llena del Espíritu.

De manera que en la salu-

tación a María, Elisabet estaba **inspirada**, cuando exclamó con humildad: “Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?” (vv. 42-43). Percibió, realmente, que María recibía una bendición particular: la de dar a luz al Salvador del mundo.

En Elisabet no hubo ni un atisbo de celos; ¡en su corazón sólo había lugar para el gozo y la alabanza! Se regocijó en el hecho de que el **otro** niño que nacería iba a ser **su Señor**, tal como lo llamó. Calificó a María de **bienaventurada** por haber creído, y añadió: “Porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor” (v. 45). Elisabet estaba consciente de la situación de una manera absolutamente extraordinaria, dado el misterio que rodeaba todos esos eventos (véase también el capítulo 2:19). No recibió a María con escepticismo, y comprendió la reacción del niño que llevaba en su propio seno. Parecía comprender perfectamente la importancia que revestía el niño que María iba a tener. Sin duda alguna, tal

comprensión profunda debe ser atribuida a la obra del Espíritu Santo, del cual ella estaba llena.

María le respondió: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios **mi Salvador**. Porque ha mirado la bajeza de su sierva...” (vv. 46-48). A pesar del honor excepcional que Dios le concedió; María se mantuvo en la sencillez y el recato. ¿Qué pensar, entonces, del culto del cual, desgraciadamente, ha venido a ser objeto en una parte de la cristiandad?

“Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre” (v. 49). María, en su cántico, afirmó que Dios “a los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (v. 53). Él envía vacíos únicamente a aquellos que están llenos de sí mismos.

Así, pues, estas dos mujeres piadosas, a las que las unía una misma fe, una misma esperanza y un mismo amor permanecieron juntas durante tres meses.

### *El nacimiento de Juan y el cántico profético de Zacarías*

Elisabet puso en el mundo a aquel que iba a ser el profe-

ta del Altísimo (v. 76). Los vecinos y los parientes se regocijaron con ella en la fiesta que tuvo lugar cuando circuncidaron al niño, al octavo día (cf. Génesis 17:12). Ellos daban por sentado que ese hijo llevaría el nombre de su padre, porque los judíos mantienen una gran tendencia de conservar de padres a hijos el nombre de la familia y el de su tribu. Pero, Elisabet, su madre, dijo con mucha firmeza: "No; se llamará Juan" (v. 60), pues recordaba la recomendación divina hecha por el ángel a Zacarías (v. 13). Los miembros de la familia, decepcionados, pidieron que el padre se pronunciara. Entonces pidió unas tablillas y escribió "Juan es su nombre" (v. 63), que significa "favor (o gracia) de Jehová" o "Jehová ha hecho gracia".

Al obrar de este modo, Zacarías demostró su fe, y de inmediato le fue devuelto el uso de la palabra. Las primeras palabras que pronunció fueron para alabar y bendecir al Señor. También "fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó" (v. 67). Celebró la gran liberación que Jehová le daba a su pueblo, je

incluso considerando tal liberación como un hecho ya cumplido! "Y nos levantó un poderoso Salvador (o, según otras versiones: un cuerno = figura de la fuerza) en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio" (vv. 69-70; Hechos 3:20-21).

Como redimidos del Señor, ¡cuánto más elevado aún debería ser **nuestro** cántico! Dios nos ha librado mediante la venida de Cristo a la tierra y la obra que él consumó en la cruz. No se trataba de librarnos de enemigos terrenales, sino de arrancarnos del poder de Satanás, del tirano de quien éramos "cautivos" (literalmente: "Justamente cautivos" o "la cautividad legítima") (Isaías 49:24; cf. RV 1909). Así, pues, librados, salvados, nuestro privilegio es servir al Señor "en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días" (vv. 74-75).

Luego, Zacarías anunció que el niño que acababa de nacer sería llamado "profeta del Altísimo" (v.76). Ya había sido instruido respecto a la naturaleza del ministerio de Juan (vv. 13-

17) y ahora, con fe, recordaba ante todos que éste iría “delante de la presencia del Señor, para **preparar sus caminos**; para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados” (vv. 76-77); Mateo 11:9-10).

Al evocar “la entrañable (o: las entrañas de) misericordia de nuestro Dios”, Zacarías afirmó que si “nos visitó desde lo alto la aurora (o: nos visitó el Oriente de lo alto)” fue “para dar luz a los que **habitan** (o: están **sentados**) en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por camino de paz” (vv. 78-79).

En tiempos de Ezequiel, la gloria se había ido de Jerusalén con pesar, en dirección al oriente (Ezequiel 10:4, 18-19; 11:23). Adorable misterio, esa gloria divina volvió para visitar al pueblo cautivo y miserable. Pero esta vez, ya no más bajo el aspecto de una nube deslumbrante, sino contenida en los rasgos de un niño que iba a nacer (2:7).

Juan, quien vivía apartado desde su juventud en los de-

siertos, llegado el momento se apuraría a cumplir su ministerio. Así, clamó de manera particular: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Se presentó humildemente como la “Voz que clama en el desierto” (Isaías 40:3) y se consideró indigno de desatar la correa del calzado de Jesús (Juan 1:23-30).

Luego de esto, la Palabra no menciona más el matrimonio de Zacarías y Elisabet; pero, podemos hacernos una idea de la gracia que el Señor les concedió en respuesta a la piedad que manifestaron: respecto a los tres miembros de la familia, ¡se afirma que fueron llenos del Espíritu Santo!

Como David, ellos sirvieron a su propia generación según la voluntad (o: el designio) de Dios Hechos 13:36).

¿Tenemos nosotros también el mismo santo deseo, formados por el amor de Cristo?

*Ph. Laügt*

*(Noviembre de 2007)*

*(Traducido con permiso del autor)*

# AL QUE VENCIERE

## Apocalipsis 2

**E**l fracaso del hombre, incluso el de la Iglesia, no menoscaba la fuente de la gracia de Dios ni su bondad. Desde Adán hasta ahora, todo lo que fue puesto en las manos de los hombres fue malogrado por éste. Pero, incluso dicho fracaso y la maldad del hombre han venido a ser para Dios la ocasión de desplegar una gracia siempre más rica y abundante.

Dios juzga el mal, y luego le presenta al hombre un objeto de esperanza. Por ejemplo, cuando Adán pecó, Él prometió "la simiente de la mujer"; cuando la Ley fue transgredida e Israel fracasó, le fue dado un testimonio profético que aportaba todas las promesas relativas al Mesías. Cuando todo lo demás falla, la fe puede descansar en la **promesa**.

Los tiempos en que la decadencia y la infidelidad del **conjunto** se acentúan dan ocasión a manifestaciones particulares de la gracia para con los **individuos** que, en tales circunstancias, son llevados a gozar de una comunión más íntima y más pre-

ciosa con Dios. Consideremos a Elías, a Moisés y aun a otros. Moisés tuvo que apartarse del campamento, porque el becerro de oro había sido erigido allí; pero, al obrar así obtuvo un lugar de cercanía a Dios mucho mayor que todo lo que había conocido hasta entonces: "Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero" (Éxodo 33:11).

Al principio de la dispensación actual, la energía del Espíritu Santo se manifestaba en la Iglesia de una manera tan evidente que, por decirlo así, el hombre no era nada y Dios era todo. Y esto siguió siendo cierto para la fe a través de toda la dispensación. Sin embargo, después de que las epístolas a las siete iglesias fueron escritas, las cosas cambiaron de manera muy triste. En el capítulo que estamos considerando y en el siguiente, el Señor fija su mirada en lo que tenía que haber sido el "lugar de la justicia", pero he aquí que allí se manifestaba la "iniquidad" (Eclesiastés 3:16).

Por eso era necesario que el juicio comenzara por la casa de Dios, como está escrito: "El Señor juzgará a su pueblo" (Hebreos 10:30). En primer lugar lo hace por medio de un testimonio contra el mal, porque el Señor siempre advierte antes de ejecutar el juicio; y en el juicio Él se acuerda de la misericordia.

El Señor toma nota de cada una de las diferentes circunstancias en las iglesias, tanto como las de los individuos que las componen, y muestra así que no es indiferente ante la condición de su pueblo ni al andar diario de los suyos, aunque Él les haya asegurado la bendición al final. Su amor no es negligente. Todos nosotros, en mayor o en menor medida, hemos perdido de vista el juicio que el Señor ejerce en su **propia casa** y, muy a menudo, nos imaginamos que, porque la salvación del redimido es un hecho asegurado, Dios es indiferente ante nuestro andar en este mundo. Para el amor, la indiferencia es algo imposible. Si un hijo debe heredar la propiedad paterna, el padre que ama a su hijo no se contentará con asegurarle la po-

sesión de ella, sino que lo preparará para la posición que deberá ocupar. ¿No le enseñará con el mayor cuidado, supervisando el desarrollo de su espíritu y de sus facultades, y dirigirá su educación de modo que su formación sea la mejor posible para que ejerza sus futuras funciones? ¡Cuánto más aún el amor de Dios obra así con sus hijos!

Este pensamiento nos resulta muy alentador y bendito. Es un hecho maravillosamente consolador ver que ésa es la manera de obrar de Dios para con nosotros; pero, al mismo tiempo, esto debe ejercitar poderosamente nuestra conciencia a modo de advertencia.

Debemos recordar que la Iglesia —y, de hecho, cada redimido individualmente— se halla en el lugar donde debe lidiar con Satanás, y esto a causa de la alta posición y de los privilegios que se nos conceden en Cristo. Pero tal conflicto puede finalizar en una victoria triunfal, conforme a lo que está escrito: "Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies" (Romanos 16:20). Sabemos que, para que el designio

de la gloria de Dios se cumpla, es necesario que Satanás sea final y completamente destronado, lo que tendrá lugar pronto, cuando Cristo establezca su reino. Pero a fin de que hagamos realidad ya ahora las bendiciones que tenemos en los lugares celestiales (Efesios 1:3), es preciso que en la práctica, sea destronado de nuestros corazones, por el poder del Espíritu Santo.

Aunque es totalmente cierto que Satanás será aplastado bajo nuestros pies **“en breve”** (naturalmente, el poder del Señor Jesús para vencerlo está fuera de toda duda), no obstante esto, mientras esperamos ese momento, la certeza de la victoria final de Cristo y de la Iglesia no debe debilitar nuestra sensibilidad acerca del poder que tiene el enemigo. Tal poder es grande, por eso debemos vigilar constantemente; si no le ofreceremos al adversario un arma que usará en forma directa contra nosotros mismos. La carne, por medio de la cual Satanás obra, está siempre dispuesta y es preciso que sea **“mortificada”**.

Quizás a menudo nos hemos visto sorprendidos por las

caídas graves que nosotros u otros podemos sufrir; pero, si dejamos de velar sobre la carne, en realidad no es sorprendente que éstos sean los resultados. El secreto para no caer se encuentra en la fidelidad habitual para juzgar la carne en las pequeñas cosas.

Al final de cada uno de los mensajes a las siete iglesias, la promesa se dirige **“al que venciere”**. Tal como lo dije anteriormente, las promesas de Dios siempre fueron dadas con mayor gracia en los tiempos de ruina general y así, en tales períodos, los **fieles**, apoyándose completamente en Dios, gozaron de una comunión más íntima con Él.

Si, siendo fieles, nos encontramos en medio de las pruebas y los ejercicios del alma a causa de la decadencia general del conjunto, ése es precisamente el momento en que nuestro corazón puede hallar una revelación más íntima de la gracia y del amor de Dios. Y esto no sólo asiéndonos más clara y firmemente a las promesas de Dios, sino también conociendo mejor todo lo que, en Cristo, es apropiado para nuestras necesida-



des. Este principio se discierne claramente en los mensajes que estamos considerando, y de ellos se desprenden promesas y caracteres diversos bajo los cuales el Señor Jesús se presenta en relación con las circunstancias en que se hallaba cada iglesia.

Es muy triste comprobar que el hombre fracasó siempre (ya sea en Israel o en la Iglesia); pero, en medio de la ruina, los fieles encuentran una revelación de la gracia de Dios más completa y más profunda que cuando todo marcha bien; ¡y esto es realmente precioso!

### *El mensaje a la iglesia en Éfeso*

En el mensaje dirigido a la Iglesia en Éfeso (vv. 1 a 7), vemos que allí se había producido una decadencia, un declive en el primer amor. En consecuencia, en lugar de poder comunicarle las cosas elevadas y santas concernientes al Cuerpo de Cristo (como lo hizo Pablo en la epístola dirigida a la misma iglesia) o de considerarla ocupando un lugar de testigo frente a otras, el Señor debe invitarla a mirarse a sí misma y la condición en que

se encontraba. ¡Qué prueba evidente de la gran decadencia en que estaba envuelta!

Cuando la iglesia local o un creyente individualmente andan en la luz, sin contristar al Espíritu Santo, pueden discernir los privilegios que le pertenecen a la Iglesia de Dios entera. Pero, cuando el Espíritu Santo es contristado, no puede haber tal discernimiento, pues cada uno se encuentra encerrado en su propia condición particular y es juzgado.

El mensaje proviene de “el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro” (v. 1). El Señor toma, pues, el lugar de examinador y juez.

La **victoria** que menciona el versículo 7 —y, de hecho, en todo el capítulo— no se refiere tanto a la victoria sobre el mundo y sobre todo lo que está **fuera**, sino más bien a una victoria sobre todo el mal que se descubre **dentro** de la iglesia. El “primer amor” había sido abandonado; y cuando éste disminuye tan sólo un poco, el Señor dice: “**Tengo contra ti**” (v. 4). Él toma nota del menor declive. Desde el momento en que

éste comienza, el Señor habla de la supresión que le infligirá si no hay arrepentimiento. Vemos que Dios, al juzgar, siempre vuelve a considerar el pecado primitivo. Cuando Esteban acusó a los judíos de haber crucificado al Señor Jesús (Hechos 7), les recordó el pecado que habían cometido cuando adoraron al becerro de oro (v. 41).

Esto se aplica también al creyente individualmente. A menudo sobreviene la decadencia cuando la primera llama de santo celo se apaga. En tales casos, no sólo debemos buscar **dónde** se manifestó la falta, sino **cuándo** nos hemos alejado del Señor por primera vez. Entonces, por lo general, descubriremos que nuestra comunión con Él ya había quedado interrumpida en el momento en que abandonamos "el primer amor". Por cierto, eso no debería ser así ni debiera suceder necesariamente; pero, cuando se da el caso, el alma encuentra la gracia del Señor de manera aún más grande que todo el mal que descubre dentro de ella.

En el versículo 7 hallamos una bendición **particular**.

El Señor pone al descubier-

to ante los ojos de **la fe** la promesa del "árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios". Él ve que la iglesia se va alejando de la comunión con Dios; por eso pone delante de la fe el "árbol de la vida" y "el paraíso de Dios". Se trata del **paraíso de Dios**: ¡preciosa seguridad!; no pude haber decadencia allí. Primero existió el paraíso del hombre; después de la **caída** y por temor de que éste tomara del fruto del árbol de la vida, comiera de él y viviera para siempre, Dios "sacó del huerto de Edén" al hombre, lo echó de allí (Génesis 3:24). Pero ahora la promesa para "el que venciere" es comer del árbol de la vida con toda libertad y seguridad en "el paraíso de Dios".

Nosotros comeremos de su fruto, mientras que "las hojas del árbol" serán "para la sanidad de las naciones" (Apocalipsis 22:2). Cuando la Iglesia se encuentre en la gloria, permanecerá siempre como un testigo de la gracia. Ahora, Dios nos concede el gozo de alimentarnos del pan de vida; nuestro primer regocijo debe hallarse en Dios; pero, luego tendremos es-

te gozo del amor: venir a ser instrumentos de bendición para los demás. Si en la gloria nuestra parte será la gracia, saber esto nos mantendrá en condiciones de servir a los demás en gracia.

### *El mensaje a la iglesia en Esmirna*

En cuanto a “la iglesia en Esmirna” (versículos 8 a 11), vemos que ella había comenzado a decaer; pero el Señor había intervenido con gracia infinita y había detenido su caída por medio de tribulaciones. Digo con gracia infinita, porque nosotros descendemos muy rápidamente si una mano poderosa no se presenta para retenernos.

En Esmirna había, pues, tribulación, pobreza y persecución; pero, ¿cómo se presenta allí el Señor? Como Aquel a quien nada puede quebrantar, a quien no le afectan la oscuridad ni la tormenta, ni tampoco las dificultades y las pruebas: se revela como “**el primero y el postrero**”.

Alguien podría decir: sí, esto es verdad en lo que respecta a Él; pero, para nosotros, la tormenta ruge sobre nuestras ca-

bezas y amenaza con abatirnos; ¿no tenemos ningún poder contra ella! Pero, el Señor se revela no sólo como “**el primero y el postrero**”, como Aquel con quien podemos contar para tener siempre la fuerza, sino también como Aquel “que ESTUVO MUERTO y VIVIÓ (o: VOLVIÓ A VIVIR)”. Es como si nos dijera: «Yo he pasado por todas estas cosas; yo conozco la debilidad del hombre, y he sufrido el embate de todo el poder que puede atacar tal debilidad; he sentido profundamente todo, porque **estuve muerto** y, sin embargo, **vivo**.» Bajo esta perspectiva, no hay nada que el Señor no haya experimentado. El último esfuerzo del poder de Satanás es la muerte; su poder finaliza allí, tanto para el pecador como para el redimido, porque incluso los inconversos quedan fuera del alcance del poder de Satanás cuando mueren; si éstos mueren en sus pecados, caen naturalmente bajo el juicio de Dios. Pero, en lo que se refiere al dominio de Satanás, éste no tiene ningún poder en el infierno; quizá tendrá el primer lugar en los tormentos, pero no

tiene ninguna autoridad en ese lugar. Él reina **en este mundo**, y esto por medio del orgullo y de la vanidad, de las pasiones desordenadas y de la ociosidad de los hombres. Él es el dominador de las tinieblas de **este mundo**, y no del **otro** (véase Efesios 6:12). Sin embargo, por extenso que pueda ser el alcance del poder que Satanás intente ejercer ahora contra los hijos de Dios, el Señor dice: «Yo he sufrido todo»; “estuve **muerto**”. Es, pues, imposible que nos encontremos en una dificultad o en una prueba por la cual el Señor no haya pasado. Él afrontó el poder de Satanás y, sin embargo, está **vivo**. Y ahora “**vive por los siglos de los siglos**” (Apocalipsis 4:9), no solamente para fortalecernos mientras atravesamos la tormenta, sino para simpatizar, para sentir con nosotros, pues Él ha experimentado más aún que nosotros el peso de las circunstancias en las cuales nos encontramos. Puede simpatizar con nuestras flaquezas, manifestando la más grande ternura, porque descendió hasta lo más profundo de nuestra miseria.

**Yo conozco tus obras** (v. 9).

El Señor reconoce todo lo que puede aprobar en nosotros. Si decimos que nuestras obras no son lo que quisiéramos que fueran, sin duda eso será cierto; pero, el Señor las **conoce** tales como son. Por bueno y útil que sea juzgarnos a nosotros mismos, a fin de descubrir el mal y quitarlo, es malo e incluso malo para nosotros estar siempre ocupados en preguntarnos si nuestras obras serán aprobadas por Dios o no.

La respuesta a todas esas preguntas y a todas nuestras apreciaciones en cuanto a nosotros mismos, la hallamos en las palabras del Señor: “Yo conozco tus obras”, como si nos dijera: «Yo conozco tus obras, y para ti el asunto es conocerme a mí.» Él mismo es el que se pone delante de nosotros como nuestro blanco, y no nuestras obras.

Los fieles en esa iglesia enfrentarían toda clase de oposición; pero, ¿qué les dijo el Señor? “**No temas en nada lo que vas a padecer**” (v. 10). Cuando pasamos por la prueba, Satanás se esfuerza constantemente para producir en nosotros temor y desaliento; pero,

el Señor dice: **“No temas en nada.”** Así también se les dijo a los filipenses: “en nada intimidados por los que se oponen” (Filipenses 1:28). Y Pedro también nos dice: “no os amedrentéis por temor de ellos (o: no temáis lo que ellos temen), ni os conturbéis” (1.ª Pedro 3:14). Nuestra sabiduría consistirá en descansar siempre con confianza en Aquel que es “EL PRIMERO Y EL POSTRERO”, quien al fin, cuando resucitó, mostró un poder tan grande como el que tenía al principio. El Señor no le dijo a esa iglesia que le ahorraría el sufrimiento, porque era necesario que ella sufriera, para no desecharla completamente, así como Israel, a causa de su pecado, fue obligado a hacer una larga marcha por el desierto. Sin embargo, el Señor dice que algunos de entre el pueblo eran fieles: “no temas ni desmayes” (Deuteronomio 1:21); y así también lo dice en este mensaje: “No temas en nada lo que vas a padecer.”

En el mensaje a Éfeso, al principio de la decadencia y en medio de la infidelidad, a quien venciera le fue prometido que

comería del “árbol de la vida” con seguridad y en paz. De igual manera en el mensaje a Esmirna, en una época de sufrimiento particular y de prueba, se le anuncia una recompensa como estímulo (para el hombre nacido de nuevo; no haría falta decirlo).

Si **perdieran** todas las cosas, **hallarían** todas las cosas; y los alienta la propia voz del Señor: **“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”** (vv.10-11). Podrá ser alcanzado por la primera muerte, pero no por la segunda, que es la única verdadera exclusión de la presencia de Dios.

### *El mensaje a la iglesia en Pérgamo*

En el mensaje dirigido a la iglesia en Pérgamo (versículos 12 a 17), vemos al Señor ejerciendo el poder judicial bajo una forma particular: como Aquel **“que tiene la espada aguda de dos filos”**. En el capítulo 4 de la epístola a los Hebreos, está escrito que “la palabra de Dios es viva

y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (v. 12); y el Señor se presenta aquí como el que posee ese poder penetrante, que discierne y juzga los movimientos secretos del corazón y de la conciencia.

**"Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás."** Allí se encontraba la iglesia en ese momento, "donde está el trono de Satanás", es decir, en el mundo, porque él es "el príncipe de este mundo" (Juan 14:30). Y si la iglesia está en el mundo, también los fieles pueden encontrarse allí (tomemos un ejemplo de la antigüedad para ilustrar esto: Caleb y Josué tuvieron que andar errantes en el desierto con el pueblo, aun cuando ellos no participaran de la incredulidad de aquéllos).

Debemos separarnos **del mal** que nos rodea, aunque no podamos separarnos de las **consecuencias** del mal; si somos débiles y frágiles, como lo eran los fieles en la iglesia de Pérga-

mo, hallamos nuestra consolación, como la tuvieron ellos, en el hecho de saber que el Señor dice: **"Yo sé dónde moras."**

Dios, en su gracia, tiene pleno conocimiento de todo lo que nos concierne; no sólo de nuestra conducta, de nuestro andar y de la condición en que nos encontramos, sino también de las circunstancias en que nos hallamos y, de alguna manera, nos dice «¡Yo sé que te encuentras allí donde está el trono de Satanás!», aun cuando pueda tener "unas pocas cosas" contra nosotros (v. 14). Sentimos gran aliento al saber esto.

Por causas ajenas a nuestra voluntad, podríamos hallarnos en una posición muy penosa, en la que el andar cristiano puede llegar a ser muy difícil; y, sin embargo, no podríamos abandonar tal posición sin obrar contra el pensamiento del Señor; como, por ejemplo, la de un hijo convertido en una familia mundana e impía, donde nada da testimonio del Espíritu de Cristo. En ese caso, Dios no se contentaría con juzgar la conducta de su hijo en las cosas en que éste habría podido cometer fal-

tas. Dios se ocuparía también de todos los detalles en las circunstancias en que tal hijo se encuentra, e incluso de todo lo que, aun en menor grado, aumentaría la dificultad.

El Señor conocía el poder del Faraón y todos los detalles de su tiranía, al mismo tiempo que escuchaba los gemidos y los suspiros de los israelitas: **“Yo sé que el rey de Egipto no os dejará ir”**, dijo Dios (Éxodo 3:19). Efectivamente, nos consuela de manera admirable saber que Dios conoce perfectamente **dónde moramos**; porque es posible que no siempre sea Su voluntad sacarnos de allí o cambiar las cosas alrededor de nosotros. Él desea que lo glorifiquemos en el lugar donde estamos y que, mediante esas dificultades, aprendamos lo que no habríamos podido aprender en otra parte.

A menudo nos sentimos inclinados a pensar que tenemos que hacer **grandes** cosas para el nombre del Señor, a fin de glorificarlo; pero la ocasión de hacerlo no siempre debe ser una preocupación. No parece que esta iglesia haya tenido la oportunidad de ocuparse en hacer

grandes obras para el servicio hacia el exterior. Pero el Señor mira si, al menos, retenemos firmemente su nombre en medio de una situación en la que incluso tal medida de fidelidad es difícil de mantener: **“Retienes mi nombre, y no has negado mi fe”** (v. 13).

El Señor da a los suyos todos estos estímulos alentadores; sin embargo, les dice: **“ten-go unas pocas cosas contra ti”** (v. 14). En primer lugar, en Pérgamo se volvían poco a poco al mundo; incluso algunos de ellos se habían dejado llevar a **“comer y a beber con los borrachos”** (Mateo 24:49): luego comenzaron a tolerar el mal en la iglesia, sustentando el pretexto de la libertad.

Por eso el Señor les advirtió: **“Arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca”** (v. 16). El peligro especial que corría esta iglesia era la mundanalidad, y era necesaria, pues, **“la espada de dos filos”** para efectuar la separación entre el mal que estaba en ella y las circunstancias en que se encontraba. Y si esa separación no

se realizaba, entonces Él dice: **“pelearé contra ellos con la espada de mi boca.”**

Pero, al mismo tiempo que el Señor advierte de esta manera a los fieles, les da muchos ánimos: promesas adecuadas para resistir ante las tentaciones que se les presentaran. Si en el conjunto eran estimulados “a comer de lo sacrificado a los ídolos” (1.ª Corintios 8), **“al que venciere”** se le promete que se le dará “a comer **del maná escondido**” (v. 17). Si contaban con la suficiente gracia para separarse del **mal público**, eran alentados mediante la promesa de ser alimentados de dicho “maná escondido”.

Luego, si eran tentados a negar el nombre y la fe de Cristo, se les prometió **“una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”**, es decir, una bendición particular para el corazón cuando, a causa de dicha separación del mal, suscitara la desaprobación de la mayoría.

La **“piedrecita blanca”** parece ser el signo de la aprobación individual de Cristo, y

el **“nombre nuevo”** el símbolo de una relación especial entre Cristo y el individuo, relación diferente de la que participarán todos; y diferente también del gozo público, general.

Sí, habrá un **gozo público**, general. Todos los santos gozarán juntos de la dulzura del amor de Cristo, y entrarán en “el gozo de su Señor”, cantando sus alabanzas a una voz y unidos en un mismo corazón. También habrá gozo cuando veamos el fruto de nuestros trabajos, así como está escrito: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?” (1.ª Tesalonicenses 2:19).

Y habrá aún otro gozo ante la mirada de la multitud de redimidos, todos los cuales, según el corazón de Cristo, estarán en la santidad perfecta y en la gloria. Pero aparte de este gozo público, habrá la aprobación personal, particular, íntima de Cristo —la “piedrecita blanca”— y el “nombre nuevo” el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.

Debemos apreciar mucho



tal aprobación personal de Cristo, tanto como debemos pensar en la aprobación pública. Esta última será un grande gozo, pero no contiene ningún afecto especial, nada que imprima sobre el individuo el sello del amor particular. La gloria será la parte que todos tendrán en común; pero, la gloria no es el afecto. El "nombre nuevo" es algo muy diferente: es la prueba del valor que tiene para Cristo un hombre que ha sido fiel en medio de circunstancias difíciles y penosas, que ha obrado según el conocimiento del pensamiento de Dios, y ha vencido por la comunión que tiene con Él.

Sí, habrá gozo y aprobación públicas, bajo diversos caracteres, y se hará manifiesto que el Padre nos ama como ama a Jesús. Sin embargo, eso no es todo lo que se nos presenta para alentarnos en nuestra conducta individual en medio de la prueba, de las faltas y de las dificultades: existe también el gozo íntimo, especial del amor.

Cuando el andar en conjunto de la Iglesia no es recto, cuando no marcha según la plena energía del Espíritu San-

to, ella queda expuesta al desorden, aunque puede haber allí muchos que caminen con fidelidad. En este caso, observemos que el Señor se dirige más bien al andar de los santos individualmente, y adecua sus promesas a la condición particular en la que éstos se encuentran. Esto quita todo pretexto que pueda aducirse para caminar según los puntos de vista personales (peligro especial que se corre en situaciones semejantes a las que vemos en esta iglesia), para trazarse cada uno para sí mismo una senda, según su voluntad propia, a causa del andar en infidelidad del cuerpo profesante, que se aparta del camino de la obediencia.

Entonces, lo que le queda por hacer a la fe es asirse, con inteligencia, sobria y seriamente, al pensamiento del Señor y andar en consecuencia, fortalecido por las promesas que están vinculadas a un camino que puede ser reconocido por Él.

¡Qué consolación, queridos hermanos! ¡Qué precioso aliento es para el redimido más débil saber que el Señor lo dirige así, y que tiene la promesa de su aprobación particular (**tan** par-

ricular que **sólo** es conocida por aquel que la recibe), cuando la marcha de la Iglesia llega a ser tal que, por así decirlo, no queda otra cosa que la responsabilidad individual para conducirse!

Sin embargo, mientras que dicha promesa nos da la fuerza para andar, ella a la vez coloca al alma frente a una responsabilidad directa con el Señor y quiebra la voluntad del hombre. Cuando la Iglesia profesante se mezcla con el mundo, llegando a "comer y a beber con los borrachos" (Mateo 24:49), aquellos que procuran ser fieles, a menudo tienen que caminar solos; entonces los acusan de mantener una locura y de manifestar voluntad propia (incluso de parte de sus hermanos), porque rehúsan seguir el camino trillado y maltrecho. Y, efectivamente, existe el riesgo de que la voluntad individual no obre cuando la marcha en conjunto queda interrumpida.

La tendencia **natural** del hombre es seguir siempre la voluntad propia, y nuestra única seguridad consiste en estar plenamente conscientes de la **responsabilidad** directa que te-

nemos frente a Dios; aunque, al mismo tiempo, podríamos hallarnos en la necesidad de obrar **independientemente** de todo lo que nos rodea.

Toda alma que ama al Señor Jesús debería sentir gozo ante el pensamiento de poseer Su favor y aprobación **personal y particular**, y de saber que Él ha aprobado la conducta que hemos manifestado en tal o cual circunstancia, incluso si fuéramos los únicos en saberlo. Pero, queridos hermanos, ¿nos satisface realmente el hecho de tener la aprobación que sólo es conocida por Cristo? Examinémonos a nosotros mismos al respecto: ¿no nos sentimos demasiado deseosos de ser alabados por los hombres? o, al menos, ¿no deseamos que ellos conozcan y honren los motivos de nuestro obrar? Y cuando hacemos lo bueno, ¿nos conformamos si nadie sabe nada de lo que hemos hecho? E Incluso en la asamblea, ¿quedamos satisfechos si no somos considerados por los demás y solamente recibimos de Cristo la "pedrecita blanca" de su aprobación, y "el nombre nuevo, el cual nin-

gundo conoce sino aquel que lo recibe"? **¿No buscamos nada más?** ¡Oh, pensemos en lo que debe de ser la malignidad de este corazón al cual el favor especial de Cristo no le basta, sino que busca (como lo hacemos) la honra de parte de los hombres! Les pregunto, queridos hermanos, ¿qué es lo que tendrá más valor para ustedes: escuchar al Señor reconociéndolos públicamente como siervos buenos y fieles, o saber que el amor personal, íntimo de Cristo, descansa en ustedes y que su favor y su aprobación les están asegurados? Para aquel cuyo corazón está verdaderamente apegado al Señor, la respuesta no puede ser dudosa. Si somos fieles, recibiremos los dos testimonios; pero, sobre todo, **el último** será el más valioso para nosotros, y nada nos hará marchar más directamente hacia el blanco que el hecho de esperar recibirlo.

### *El mensaje a la iglesia en Tiatira*

En el mensaje dirigido a la iglesia en Tiatira (versículos 18 a 29) vemos que en la parte que se le concede al "**que vencie-**

**re**", se nos presenta, más bien, la gloria exterior. Es un testimonio público de la aprobación **de Cristo** y, en este sentido, debe ser de gran valor para nosotros. Pero, después de todo, lo que le da a la promesa un valor particularmente precioso y dulce es el hecho de que nos identifica con Cristo: "**Como yo también la he recibido de mi Padre**" (v. 27). Por pobres, débiles y miserables que seamos ahora, el Señor quiere colocarnos en el mismo lugar de gloria que tiene Él.

Jamás podremos hacernos una idea justa de nuestros privilegios y de las bendiciones que se relacionan con ellos, antes de haber comprendido que estamos unidos al Señor Jesús en todas las cosas. Para poder juzgar lo que somos, debemos mirarlo directamente a Él. No es el todo saber que hemos sido lavados de nuestros pecados con su sangre y que así tenemos paz para con Dios; no, lo que da a nuestra esperanza su verdadero carácter es una unión viva con el Señor Jesús (no una unión mística, aunque esto sea cierto, pues hemos sido crucificados con Cristo, según Gálatas 2:20,

etc.). Así, pues, en nuestras esperanzas y en la práctica, somos colocados en similitud de circunstancias con Cristo. Al estar unidos a Él, todo lo que le pertenece es también nuestro, tal como está escrito: "Herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Romanos 8:17). Y toda nuestra conducta debería derivar de esta verdad o de este hecho.

Todo lo que glorifica a Cristo, eso es lo que nos conviene hacer, y esto nos concierne; es la verdadera medida de nuestro andar, y todo lo que no conlleve ese carácter no es conveniente para un cristiano. Estamos unidos a Aquel que es "santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos" (Hebreos 7:26) y, en consecuencia, nosotros también lo somos. ¡Verdad sublime! Y, sin embargo, ¡es simple y práctica! Si la hacemos realidad, ella debe reflejarse en cada detalle de nuestra vida. Si hemos sido elevados a una posición "mas sublime (o: alta) que los cielos, ¿cómo podríamos buscar las cosas de la tierra, por ejemplo, deseando enriquecernos? Tal como alguien dijo: «Si

un ángel descendiera del cielo estaría tan dispuesto a barrer las calles como a ser un rey; ¡cuánto más dispuesto debería estar el hombre que tiene en sí mismo la conciencia íntima, personal de su **unión con Cristo!**» Cuan-to más manifieste la disposición de un siervo, tanto más feliz será. Recordemos que fue el amor lo que impulsó a Jesús a ser un siervo en este mundo.

Pero, no olvidemos que al obrar así encontraremos muchas dificultades. Tendremos que enfrentar constantemente la oposición de Satanás. Tenemos que **vencerlo** en una infinidad de circunstancias y de pruebas; no se trata solamente de luchar contra él, sino de **vencerlo**; y esto mientras estamos en una carne que, si no es mortificada, siempre está dispuesta a tenderle la mano a Satanás.

He aquí por qué, aunque estamos colocados en una posición tan privilegiada, no todo es gozo. Es muy importante mantener la carne en un estado de muerte, es el secreto para adquirir fuerza en las dificultades de la vida; y nada nos dará esa capacidad, sino el hecho de vivir constante-

mente en la presencia del Señor y en su comunión. Debemos velar contra los primeros esfuerzos y los primeros deseos de la carne, si no, antes de que nos demos cuenta, ella abrirá una puerta a las tentaciones del enemigo.

Así como los fieles de Pér-gamo, que fueron aprobados en esto por el Señor, si retenemos firmemente el nombre de Cristo, obtendremos la victoria sobre Satanás. Él perderá su poder; entonces podremos regocijarnos, incluso en el sufrimiento (porque los creyentes sufrimos como fruto de nuestra unión con Cristo y por su nombre), y sólo habrá gozo.

Pero si no ejercemos una vigilancia continua para resistir al poder de las dificultades cotidianas, para reprimir el mal de cada día, tendremos que luchar contra la carne en lugar de luchar contra Satanás, quien es aquel a quien debiéramos combatir. Éste aprovechará para presentarse en el momento en que no estamos preparados para defendernos, por lo cual debemos estar vestidos con la armadura de Dios para cuando sea necesario combatir (cf Efesios 6: 10-17).

Queridos hermanos, guarden en su corazón lo que les digo, porque si descuidamos dicho juicio y sojuzgamiento diario de la carne perdemos la fuerza para triunfar sobre Satanás; entonces él ganará ventaja sobre nosotros en la lucha o, al menos, no haremos otra cosa que defender nuestro terreno en lugar de ganarle y obtener la victoria. En ese caso, se manifiesta que somos infieles a Cristo, porque nosotros debemos ganar terreno para Él en el mundo donde reina Satanás. Y esto debido a que nos hallamos en una posición que nos permite avanzar y liberar almas que Satanás mantiene de diversas maneras bajo su poder. Si no obramos así, se debe a que no contemplamos la gracia y no retenemos firme el nombre de Cristo.

Les ruego, pues, en nombre del amor que el Señor les manifiesta y a causa de los privilegios que poseen, que se juzguen a sí mismos y consideren si están preparados para el combate; o si Satanás encontrará en ustedes la carne; y la carne tan viva que, mediante ésta, él podría tomarlos como una presa. Pero,

incluso juzgándose así, recuerden que, cualesquiera que sean sus faltas y la humillación que les cause, sus almas deben descansar en el gozo de la perfecta justicia de Cristo, aunque, si hemos **vencido**, habrá para nosotros un gozo mayor en el día de su aparición, y para Él, ahora, habrá más gloria.

Que el Señor nos conceda la capacidad de andar por el Espíritu, a fin de que podamos discernir y conocer siempre más la gracia plenamente suficiente que está en Él, para suplir cada una de las necesidades, y llevar a la realidad en nuestras almas la eficacia y el poder de su promesa.

*J.N. Darby (M.E. 1866 y 1940)*

## JESÚS... LOS AMÓ HASTA EL FIN

**E**l amor del Señor por sus discípulos se manifestó en todas las circunstancias y condiciones por las cuales él tuvo que pasar con ellos, en medio de la oposición siempre creciente del pueblo y del odio arraigado de sus dirigentes.

La falta de fe y la incredulidad de sus discípulos jamás atenuaron tal amor. Él los amó como aquellos a quienes el Padre le había dado y por los cuales iba a consagrarse hasta poner su vida por ellos al pasar por la muerte, siendo clavado en el madero maldito, en la cruz.

El amor del Señor por sus discípulos se manifiesta particularmente en los últimos capí-

tulos del evangelio según Juan. "Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Juan 13:1). Él iba a dejarlos. Entonces les anunció que su partida estaba cercana y les dirigió palabras de consolación con preciosas promesas. En ellas hallamos la sublime expresión del amor divino; el amor del Padre, el amor del Hijo, un mismo amor en el cual los escogidos son transportados por la gracia y los abraza a todos para hacer de ellos la familia de Dios, en armonía y unidad perfectas.

A lo largo de todo el evangelio según Juan y, sobre todo, al final, vemos dicho amor: El amor del Padre por el Hijo (3:35; 10:17; 17:23-24;) el del Hijo por el Padre (14:31); el amor del Padre por sus escogidos (16:27;17:23); el del Hijo por sus discípulos (13:1) y el amor de ellos por el Hijo (16:27). El Hijo, que está en el seno del padre vino a verter en nuestros corazones el amor en el cual están grabados todos los designios de Dios, porque **Dios es amor**. En él está la fuente de las riquezas insondables de su gracia, de su bondad y de su paciencia para con los hombres.

El evangelio según Lucas nos presenta al Señor en su carácter humano; Él es el Hijo del Hombre y, en muchas ocasiones, en relación con tal carácter, les habló a los discípulos acerca de sus sufrimientos y de su muerte. Les dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre **padezca muchas cosas**, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día” (Lucas 9:22; véase también: 17:25; 18:32; 22:15). Cuando fue transfigura-

do en el monte, Moisés y Elías hablaban de Su muerte.

El evangelio según Juan nos presenta el carácter divino del Hijo de Dios: allí el Señor no les habla a los discípulos acerca de sus sufrimientos ni que le darían muerte. En este evangelio, su nacimiento en el mundo no se relata como lo hace Lucas, sino que presenta su descenso desde el cielo para venir a este mundo a hacer la voluntad de Dios y redimir a aquellos que el Padre le ha dado. Él pone su vida por sus ovejas y deja el mundo para subir hacia el Padre, después de haberlo glorificado en la tierra. Cuando habla de su muerte, dice que era necesaria, para que no estuviera solo, como el grano de trigo que cae en la tierra y muere, y luego lleva mucho fruto (12:24); y que era necesario que “el Hijo del Hombre **sea levantado**, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (3:14-15). Y también: “Y yo, si fuere **levantado de la tierra**, a todos atraeré a mí mismo” (12:32).

Él les anunció a sus discípulos que su partida estaba cercana; pero, no les dijo cuánto ten-

dría que sufrir. Dicha partida los embargó de tristeza. Ellos habían dejado todo para seguirlo; el Señor era el objeto único de sus corazones; ¿qué harían sin Él? Ellos necesitaban consolación. ¿Les hablaría, pues, de Sus sufrimientos? ¿Qué sería de ellos? El Señor lo sabía y, en su amor, se olvidó de sí mismo; guardó para sí, en su corazón, las terribles angustias de la cruz que estaba tan cercana, para simpatizar con la tristeza de ellos y dirigirles solamente palabras de consolación y maravillosas promesas.

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararé lugar, **vendré otra vez**, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (14:1-3). ¡Qué preciosa consolación y qué conmovedoras promesas!

Él les aseguró que regresaría y que tendrían un lugar en la casa del Padre en el cielo. Él quiere tenerlos consigo en el lugar

donde está, en el cual habita la gloria y el amor. Y Él mismo vendrá a buscarlos.

Pero, durante su ausencia, mientras esperaban su regreso, ¿con qué recurso contarían? “Todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré” (14:13). Él no los dejaría huérfanos; les enviaría, procedente del Padre, el Espíritu de verdad, el Consolador, para que estuviera con ellos eternamente.

En la sublime y conmovedora oración del capítulo 17, Jesús le pide al Padre que guarde a sus discípulos; expresa sus sentimientos hacia ellos asociando también a todos los que crean en Él por la palabra de ellos.

Después de haber dicho estas cosas a sus discípulos y terminado su oración al Padre, fue con ellos al otro lado del torrente de Cedrón, al huerto de Getsemaní. Su hora había llegado. Debía dejar a los suyos para angustiarse delante de la copa de los sufrimientos y luego dar su vida en la cruz por sus discípulos y por los numerosos redimidos que su obra de amor y de gracia ha reunido y que esperan su regreso.

*M. Koechlin (M.E. 1940)*



# ÍNDICE

## Año 2016

Al que venciere (Apocalipsis 2) <i>J.N. Darby</i>	53
Elección de un cónyuge (La) Amor, compromiso nupcial, matrimonio <i>E.A.Bremicker</i> (parte IV)	5
Hebreos (Algunas notas sobre la epístola a los): <i>Anónimo</i> Capítulos 7 y 8	31
Índice año 2016	72
Jesús... los amó hasta el fin <i>M. Koechlin</i>	69
Matrimonio piadoso (Un) Zacarías y Elisabet <i>Ph.Laügt</i>	44
Meditaciones breves <i>H. Rossier</i> (XXXIII): El juez injusto (Lucas 18:1-8)	28
Pensamiento <i>Anónimo</i>	27

*Tú alcanzaste la victoria  
sobre la muerte ¡oh Señor!  
Desde tu trono, do ensalzado,  
brillan tus glorias alrededor,  
pues sólo Tú nos revelaste  
que Dios es luz y es Dios de amor*

*Por siempre seas alabado,  
brazo nos fuiste y gran salud,  
pues por salvarnos del pecado,  
Señor, moriste en dura cruz;  
y siempre fiel, Tú nos conduces  
con tu esplendor hacia la luz.*

*¡Oh buen Pastor!, grata esperanza,  
desde los cielos brindas paz;  
tu pueblo en Ti confiado avanza,  
prueba tu bien, gracia eficaz.  
¡Cuál no será su grande dicha,  
al ver, Jesús, allí tu faz!*

—————

*Hemos ¡oh Señor! llegado a la celestial ciudad,  
donde todos rinden culto y alabanzas en verdad.*

*Alistados en los cielos, de Dios, hijos de la luz,  
a tu trono nos llegamos, por la sangre de Jesús.*

*¡oh Salem!, visión gloriosa do reina paz celestial;  
del Cordero santa Esposa, de Jesús gozo eternal*

*De la célica promesa es Jesús el mediador;  
ancla firme y fortaleza, es Garante y Precursor.*

*Herederos de la gloria prosigamos con tesón;  
sirvamos al Dios de gracia, Él nos da su galardón*



**En esto pensad**

Lecturas de la edificación cristiana

Publicación gratuita. Se sostiene con las oraciones y las ofrendas voluntarias de creyentes.

**Gastos de envíos por correo a cargo del destinatario.**

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

**Roberto Jorge Arakelian**

**Cap. Cairo 546**

**B 1842 CSB Monte Grande**

**Buenos Aires**

**Argentina**

E-mail: [pensad@lecturasbiblicas.org](mailto:pensad@lecturasbiblicas.org)

[www.lecturasbiblicas.org](http://www.lecturasbiblicas.org)